

BUEN HUMOR

40 CÉNTIMOS



EN EL KURSAAL

—¡Y nosotras en cambio sin pantalones!...

Dib. PERAL DE LOAYA.—Madrid.

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN (PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva; MANZANERA, Independencia, 856	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Plaza del Ángel, 5.—MADRID
APARTADO 12.142

LA PAQUITA

NUEVA FÁBRICA DE PAPEL CONTINUO
DE

BALBINO CERRADA

41, ANTONIO LOPEZ, 41

TELÉFONO 23-33 M.

(A CINCO MINUTOS DEL PUENTE DE TOLEDO)

===== MADRID =====

SE FABRICA TODA CLASE DE PAPELES DE EDICIÓN, SATINADOS FINOS,
DIBUJOS, ESCRIBIR, ETC.

ALMACÉN: Plaza del Matute, 6. Teléfono 50-05 M



SECCION RECREATIVA DE BUEN HUMOR



Por DIEGO MANSILLA

20.—Charada.

—¿Qué dos *cuarta* es esa dos *prima*? Parece de *tercia prima segunda* *tercia*.

—Cá, es *tercia segunda cuarta* una *chica todo* que sirve en casa.

21.—¿Qué ha hecho Uzcudun en Barcelona?

CAMINAR
A T
CÓMICO

22.—Charada.

—Mira que *pri na dos* me ha traído de *segunda terciá* el *prim i terciá*.

—Sí que es bonito, y hasta tiene todo.



SOMBREROS
BRAVE
6 · MONTERA · 6

23.—Charada.

—*Prima dos terciá cuarta terciá* *prima terciá* nadie.

—Sólo *tercia prima segunda terciá terciá tod*, pero como si no.

24.—Charada.

—¿Qué hacen aquellas mujeres al pie de las *prima terciá cuarta*?

—*Prima segunda*. Son todo.

25.—Lamentación corriente.

P
Aviador famoso
Tierra

26.—Charada.

—*Tercia se segunda prima segunda terciá*. Ni somos parientes ni paisanos. Yo soy *prima dos tres de prima dos*, y usted no es de *prima dos* y es todo.

Concurso de pasatiempos de Mayo

Sorteo de premios.

Verificado el sorteo en la fecha señalada, a presencia de numerosos pierdetiempistas, resultaron agraciados los señores siguientes:

PRIMER PREMIO.—Magnífica galletera, de plata inglesa, estilo Luis XV, a don Manuel Matos, de Ceuta.

SEGUNDO PREMIO.—Un magnífico juego de vinagreras, de metal niquelado, a doña Angeles Vázquez, de Madrid.

TERCER PREMIO.—Una bonita caja, de plata inglesa, para cigarros, alhajas, billetes, etc., etc., a D. Antonio García, de Valladolid.

Los objetos para los premios, han sido adquiridos en la acreditada casa SANZ, Espoz y Mina, 40.

Los agraciados podrán recoger sus premios en esta Administración, precisamente cualquier día laborable, de cuatro a ocho de la tarde.

Concurso de pasatiempos de Junio

Soluciones.

1. *Protomártir*.—2. *Reses merinas*.—3. *Escopeta*.—4. *Todo lo arregla una dote*.—5. *Mesnada*.—6. *Asia Menor*.—7. *Valladolid*.—8. *Ancha es Castilla*.—9. *Periódico*.—10. *Gran tirada*.—11. *El que asó la manteca*.—12. *Ya te lo dirán de misas*.—13. *Seminario*.—14. *A las diez en la cama estás*.—15. *Valle Inclán*.—16. *Onomatopeya*.

De las 15.856 soluciones recibidas, han resultado exactas las remitidas, por los pierdetiempistas siguientes:

1, Luis Castro.—2, Antonio Medina.—3, Felipe Andreu.—4, Manuel Matos, de Ceuta.—5, José Sánchez.—6, Claudio Fernández, de Melilla.—7, Antonio Zubiri.—8, Miguel Romero, de Larache.—9, Uno que se le olvidó firmar y que vive en Pizarro, núm. 8.—10, Eloy del Puerto.—11, Luis Eguía.—12, José Domínguez.—13, Ramón Martínez.—14, Bernardo Sanz.—15, Manuel F. Sánchez Garrido.—16, Joaquín García Linares.—17, María de las Mercedes Arias.—18, José M. Delgado.—19, Ángel Vázquez Martín.—20, Manuel García Reyes.—21, Fernando Peña.—22, L. Muñoz Notario.—23, Tomás García,

de Madrid.—24, Angelina del Corral.—25, Emilio Sierra, de Barcelona.—26, Fernando Salvo.—27, Consuelo Salvo.—28, Pilarcita Salvo, de Coruña.—29, Dionisio Hernández.—30, María Josefa Hernández, de Vitoria.—31, Rafael García Sánchez, de Tuy.—32, María Teresa Ruiloba.—33, Simón López Gómez, de Jerez de la Frontera.—34, Luis Florit, de Castellón de la Plana.—35, M. Iruneta.—36, Mercedes Peyrona.—37, Marichu Peyrona.—38, Adelita Peyrona, de San Sebastián.—39, Luis Orgado García, de Albacete.—40, Enrique Pineda, de Segovia.—41, María Isabel Urzola, de Valencia.

El sorteo de premios se verificará públicamente en nuestra Redacción (Plaza del Angel, 5), a las seis de la tarde del día 29 del actual.

Cupón núm. 4

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de Julio.



Dib. Azpíri.—San Sebastián.

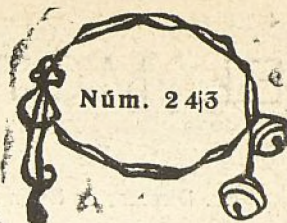
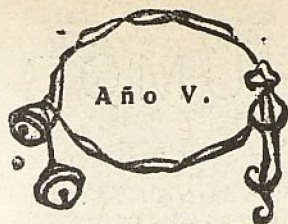
GRAN SEMANA HUMORÍSTICA INTERNACIONAL **DEL 1 AL 7 DE SEPTIEMBRE DE 1926**

GRAN KURSAAL--SAN SEBASTIÁN

SALÓN DE HUMORISTAS :: CONCIERTOS :: CONFERENCIAS
 TEATROS :: DANZAS :: CONCURSOS, ETC., ETC.

ORGANIZADA POR EL ATENEO GIPUZCOANO

*Los boletines de inscripción se facilitan en esta Administración, todos los días laborables,
 de 5 a 8 de la tarde.*



CINE-DRAMA HISPANO-AMERICANO



A suegra de la cuñada de un primo segundo de la mujer de mi hermano — no dirán ustedes, queridos y pacientes *radioescuchas*, que no hago todo lo posible por resultar ameno y gracioso—es una respetable dama, gran jugadora de ajedrez y plebética, hasta el hartazgo, de unas carnes fofas y gelatinosas como para incautarse de ellas el Estado, por vegetariano que sea.

La tal señora ha sido viuda varias veces, lo que quiere decir y habrá adivinado el lector galante, a poco que se oprima el occipucio, que despacha para el otro globo a los cónyuges con la misma facilidad que a los toros el simpático Cañero.

Arribó a estas hospitalarias, gualdas y rientes playas hispanas desde tierras del Plata, con toda la dentadura de oro y con la satánica intención de contraer nuevas nupcias. Ayer, que tuve el gusto de serle presentado, le oí decir, mientras devoraba con sus áureos dientes un bocadazo de anchoas rellenas: «Mi cuerpo es una pira que no cesa de erupcionar...»; y, efectivamente, no hubo aún finiquitado de engullir el aludido emparedado, cuando todos los presentes—familia y conocidos—quedaron de repente peinados a lo Amadeo por un soplo denso y borrascoso en el rugir de la opulenta platera.

Quedó relativamente tranquila, descansada: y continuó, dando pruebas de su amor volcánico: «Para mí el hombre es un animal de pelo a lo «garçone», un bichito de placer egoísta, un simio de ensayo «Voronoff», un sinvergüenza con corbata de lazo...; pero lo amo, lo ansío, lo quiero, lo deseo, lo necesito, me es indispensable para la vida...; y la vida de sus *fiambres* maridos, creo que fué una especie de paso de las *Termópilas* en moto.

Como campo para sus ba-

tallas de amor, y como coto donde poder cazar su pieza masculina, eligió los tenebrosos y sí que también discretos salones de cines que por aquella época, muy *diez-ochesca*, hacían furor y gran consumo de anestésicos en las casas de socorros. Instalada en su localidad, con sus opulentas formas ocupando *matuteneramente* la de al lado, esperó un día y otro y otro que llegara su víctima, para hacerla dueña de sus encantos, su oro y su vehemente amor.

Todo llega en este mundo, como dijo Balzac, y también arribó a su vera un hombre enlutado, feo, de maneras burdas y con un borsalino chocolate, elaborado a pulso, que sin querer se pensaba en los RR. PP. BB.

Cayó como un beodo en su asiento, medio ocupado por nuestra dama protagonista, y empezó a leer en alto

los letreros del *film* que se proyectaba. Con voz anisada, guturó: «La mano que aprieta», y como si desde la sábana-pantalla le hubiesen dado la voz de mando, le arreó a la parienta un pellizco hispano-americano que la hizo sollozar.

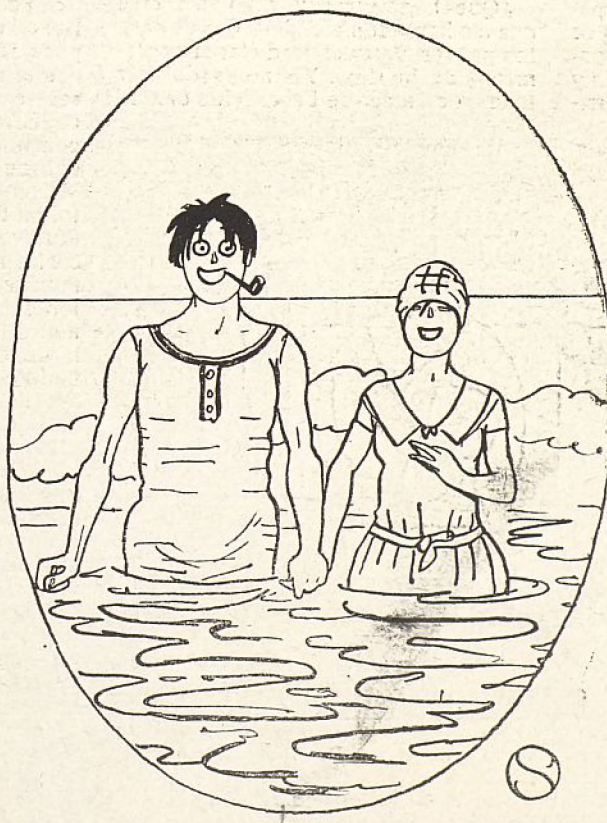
Al hacerse la luz, miró nuestra dama para su compañero de localidad y le encontró, dentro de su cara de sochantre, un no sé qué, que la cautivó. Aquel hombre, bajo su aspecto desaliñado y macabro, debía ser un hombre de corazón. A lo largo de los episodios fué naciendo, haciéndose hombre, aquel amor que nació tan feble, a pesar del pellizco, y mi amiga fué ilusionándose y creyendo sería aquel hombre fúnebre el que iluminase con destellos eróticos su añeja juventud.

Una noche que nuestro héroe cargó la mano en sus excursiones, creyó ella llegado el momento de presentarse: «Caballero: yo soy una señora, una perfectísima señora que sin acudir a mis múltiples pergaminos puedo considerarme, sin temor a pecar de cursi, como una de las últimas vástagas de aquel hombre sordo y maquiavélico que se llamó en vida Cristóbal». El caballero aludido no dijo ni pío, y como si al conjuro del nombre de Cristóbal surgiese en su ánimo la idea, siempre digna de loa, de descubrir algo más, le atizó a la americana otro nuevo apretón de mano que la hizo exclamar: «Replata, qué tfo»...

Así duró aquel idilio nada *Romeojuliétano*, hasta que una noche, adorante y plácida, pudo, por fin, nuestra dama saber quién era aquel hombre.

A la salida del cine, vio aparecer al compañero de localidad que, alargándole una cartulina enlutada, desapareció cogiendo un «Sol-Ventajas». A la luz lechosa y condensada de un foco leyó así: «Isaac Ríos Leopardo. Callista. Especialidad en uñas clavadas».

PEDRO RISTORI MONTOJO



Dib. SILENO —Madrid.

EL MOTIVO DE MI BUEN HUMOR

CARTA ABIERTA

Sr. Director de BUEN HUMOR.

¡Muy señor mío y de mi mayor estimación:

Es el caso, señor Director, que tengo novia. Sí, señor; me ha salido una novia, igual que me podía haber salido unas varices. La elección no ofrece dudas. Me quedo de momento con la novia, y en cuanto a las varices, tan pronto me salgan, se las cederé al amigo más necesitado de ellas.

Me permitiré hablarle de mi novia, con el mismo derecho que algunos señores nos cuentan las pequeñas tragedias de su hogar.

Imagínesele a su capricho, si bien haciéndome el honor de creerla bastante guapa; inmodestia aparte. Pero no tengo más remedio que confesarlo así, ceñido a la sinceridad que suele resplandecer en mis cuartillas.

Internémonos dentro de mi novia; usted y yo, señor director, sabemos leer de corrido en el alma femenina.

Le gusta —hemos entrado en el espíritu laberíntico de mi novia— las medias de seda, los zapatines deslumbrantes, hacerse las uñas todas las semanas; no desdén los espectáculos; suele notar «seca la boca» cuando pasamos por algún escaparate repleto de mariscos... En vano he tratado de convencerla de que las medias de seda y los zapatines deslumbrantes son gus-

tos superfluos que no están al alcance de todos los bolsillos. Se ha resistido a creerlo. Tampoco ha querido dar crédito a la sensación de frescura que se experimenta después de trasegar un gran vaso de agua. No se ha conformado con enterarse de los espectáculos por lo que cuentan las carteleras.

Por lo que vé, me ha salido una novia original y epicúrea.

¿Qué hago con esta muchacha? Soy un hombre insolvente, y no dispongo de otros medios para conquistar dinero que los de mi pluma.

Pero no me hará el agravio de considerarme capaz de escribir un artículo para cualquiera de los grandes rotativos, donde le explotan a uno las energías por diez miserables duros.

Y pocos como yo tan versados en problemas internacionales. Sé la capital de algunas poblaciones de Europa; me atrevería a recitar sin el más leve titubeo los nombres de todos los presidentes de las nuevas repúblicas; no ignoro ciertas intrigas de esa llamada Sociedad de Naciones...

Sin embargo, no me dejaré explotar por ningún director de los grandes diarios.

¿Que haga versos? ¿Y usted cree que me haría comprender? Quede para los pobres vates el tradicional reglamento de la rima. Yo no puedo leer una poco antes de haber leído una, ni

figulina después de cristalina... ¿Qué relación guarda una cosa con otra?

Yo rimaría escritor con penuria, miedo con Chicuelo, patatas con filetes, bacalao con tomate, tanguista con indigencia...

¿Que haga novelas? ¿Y encontraría media docena de lectores con tiempo disponible para perderlo en la lectura de trescientas páginas?

¿Novelitas breves? ¿Pero acertaría alguien a descubrirme entre los centenares de novelas cortas que se ofrecen al público en cualquier kiosco de periódicos? Nunca me ha agradado el juego de azar. Quiero escribir con todas las probabilidades de no hacerlo para mi solo. Aspiro a que me lea todo el mundo. Si no puede ser a un tiempo, a prorrato. Hoy los cocheros, mañana los estudiantes, otro día los deshollinadores...

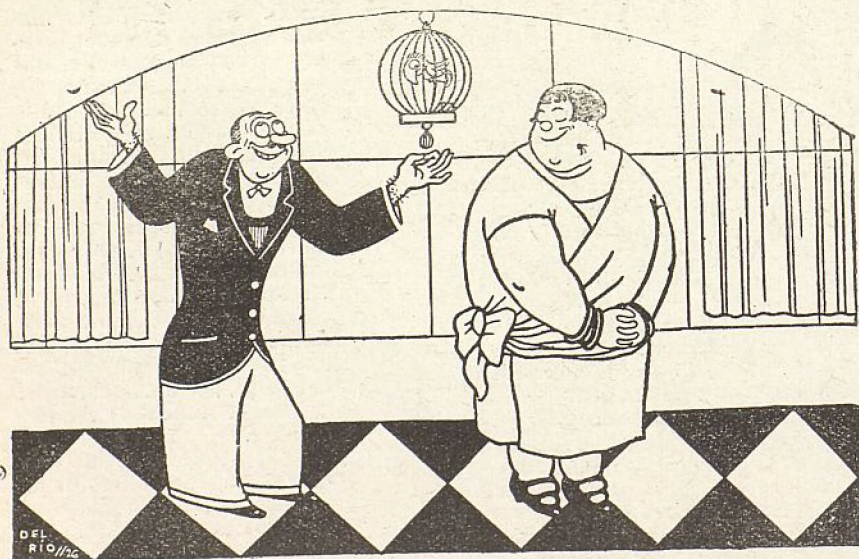
Ambiciono ser un escritor popular. Esta es otra razón de que no me decida a cebar cuentos hasta la proporción de una novela corta. ¡Ah! Queda el teatro. Claro que usted no me hará la ofensa de aconsejarme urda comedias. Mas voy a suponerme, sin embargo, ofendido. Y escribo una comedia, en tres actos, que es la medida clásica. Busco un empresario, y dos años después, tras muchas influencias y llamadas al negocio que se acerca con mi representación, surge el caballo blanco. Este pone la obra en manos de la compañía. Es preciosa, dicen, pero sobran tres papeles y faltan otros tres. Vuelvo a escribir la comedia, y en tanto, ha dado fin la temporada. Espero, que para algo tengo sillas en mi casa. Se ha reanudado la temporada, pero aquellos cómicos no son éstos, ni estos aquéllos. Vuelvo a danzar de uno a otro lado, y al fin, cuatro años más tarde, cuando mi estómago se ha olvidado cómo se hace la digestión de un solomillo, estrenan mi comedia. Pero al día siguiente la retiran del cartel.

En mi calvario me había olvidado colocar algunos parlamentos en camello y los lugares comunes y panegíricos de las buenas costumbres burguesas.

¿Cómo solucionar pues, señor Director, los caprichos de mi novia? Tenga presente «que vivir sin ella, no puede ser». Si usted me dispensa su égi-da —perdone el vocablo, reminiscencia de principiante «que vuelve a empezar»—, protección en las columnas de su revista, mi novia y yo le prometemos tenerle presente en nuestras cotidianas oraciones.

Suyo afmo. s. s., q. e. s. m.,

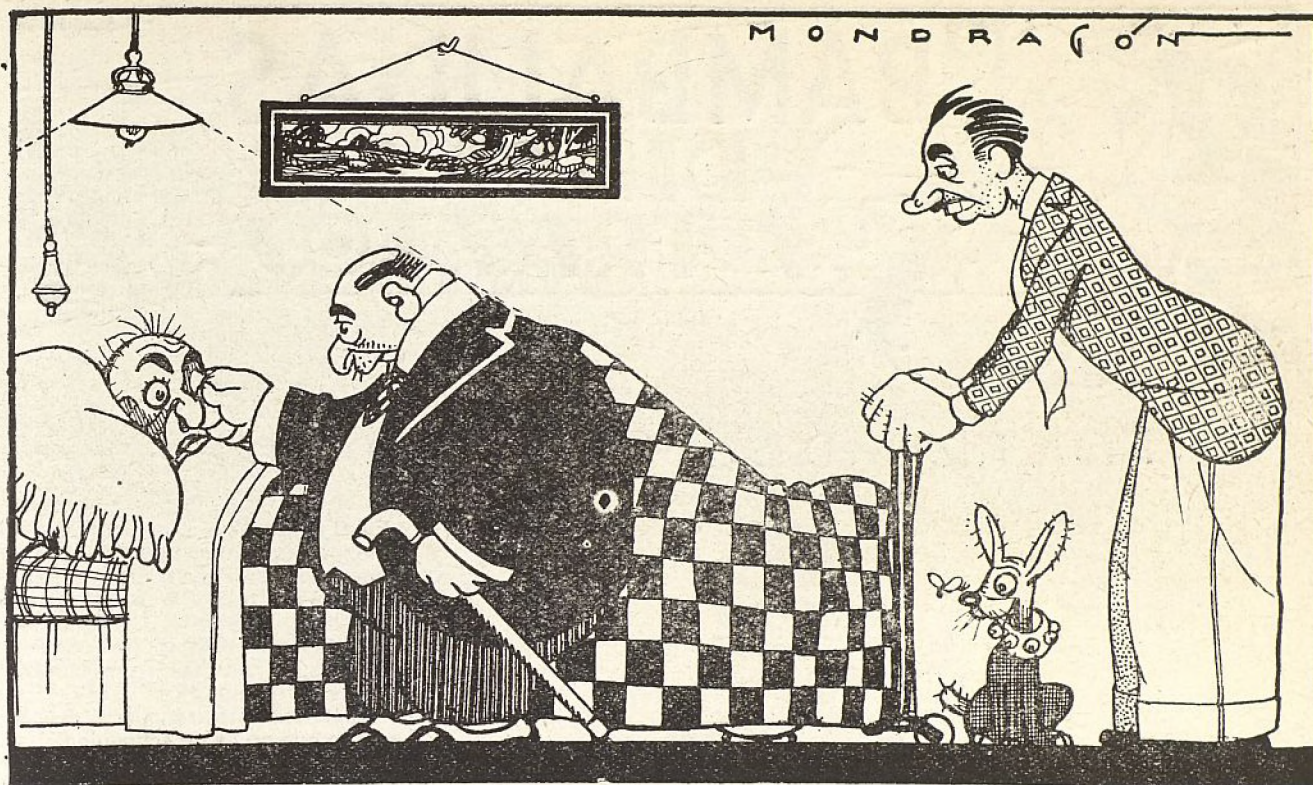
LORENZO RODERO.



Dib. DEL RÍO.—Barcelona.

—Aún dirás que no me he acordado de tí... De América te he traído a lorito, y de África un criado moro.

—¡Ay, sí ya veo que me has traído el loro y el moro.



Dib. MONDRAGÓN.—Barcelona.

—El iris me indica que o que tiene es una afección al hígado.
—Observe usted el otro ojo, doctor, que ese lo llevo postizo.

EL SUCESO DEL OTRO DÍA

Tendida sobre la acera,
convulsa y desencajada,
dando horribles alaridos,
sintiendo tremendas ansias;
en sacudidas nerviosas
luchando con los que tratan
de sujetar aquel cuerpo
y contener tales bascas;
llorando, hipando, gritando
con dolor que parte el alma,
presa de un grave accidente
yace una pobre muchacha,
con los nervios a terados,
la faz descompuesta y páida,
la boca llena de espuma,
los ojos llenos de lágrimas,
dando botes epilépticos
y furibundas patadas
y tirándose del pelo
y arañándose la cara...

Los transeúntes piadosos,
por remediar tal desgracia,
dan y aconsejan remedios
que sirvan para aliviarla:
—¡Agua y vinagre en las sienes!
—¡Apretad, mientras la pasa,

el dedo del corazón!
—¡La cabeza sujetadla!
—¡Aire, aire!... ¡Un abanico!...
¡O dos, por si uno no basta!...
—¡Dadla un cachete en la nuca!
—¡O si no, una bofetada,
que, dada la situación,
no es ofensa!...

—¡Levantadla
y sentadla en una silla,
que tal vez estar sentada,
la siente mucho mejor!...

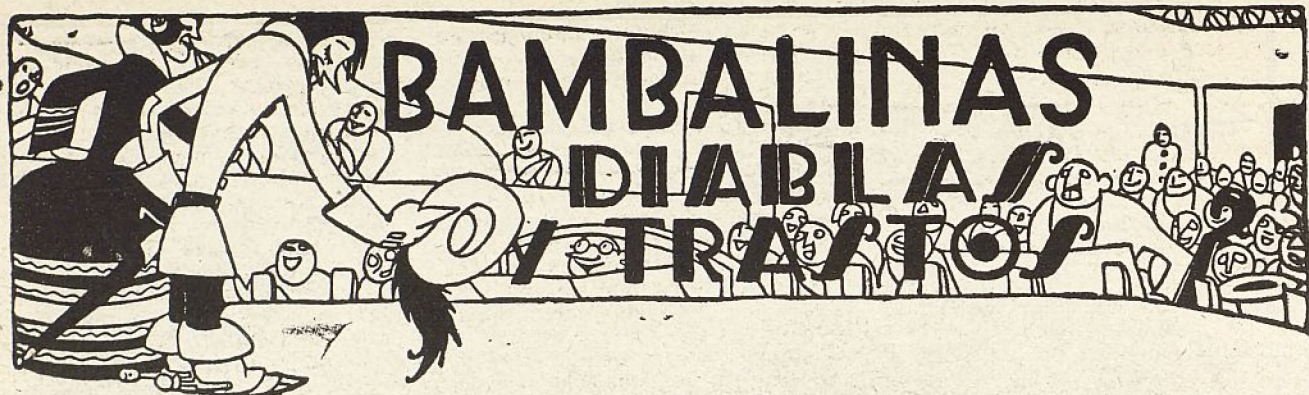
Y, a todo esto, la muchacha
continúa con sus gritos,
sus saltos y sus patadas,
sin dar señales de alivio
ni dar señales de nada
que huela a que se la pase
la pataleta nefasta.
De pronto surge un curioso
y se acerca a la atacada;
la examina con cuidado
y al fin dice estas palabras:
—¡Señores, esto no es grave!
¡Ni aire, ni vinagre, ni agua,
ni golpes en el cogote,

ni levantarla y sentarla
ni apretarla ningún dedo!...
Yo afirmo que sólo basta
con que se aflojen las ropas...
—¡Dice usted bien! ¡Aflojarla
es el remedio más rápido!—

Y, con prisa desusada,
el uno la desabrocha,
otro curioso se encarga
de romper las ligaduras
que el talle gentil abarcan,
otro deshace unos lazos,
otro unos botones salta...
Y cuando ya el corsé queda
al descubierto, se calman
las sacudidas nerviosas
y los ayes y las ansias.
Y mientras la pobre chica
suspirando se levanta,
esto leen los circunstantes
en grandes letras bordadas:

«Corsé higiénico... Modelo
procedente de la Casa
Bofarull y Compañía,
Mataró... Marca de fábrica...»

UNO DEL PUBLICO



TEATRO DE ANTIGÜEDADES



El Sr. Moncayo, el día 3 (a. J. C.), al estrenarse *El Santo de la Isidra*.

En el teatro Pavón y en el teatro del Cisne, los dos únicos teatros supervivientes del estiaje, se dedican a remozar obras como *El Bateo*, *El famoso Colirón*, *La Verbena*, *La Gran Vía*, *El Santo de la Isidra* y otras ancianas por el estilo, muchas de buen ver y muchas... arqueológicas.

La actualidad teatral, pues, descansa en lo que no es de actualidad.

Eso pasa mucho. En las regiones del arte donde se trata de ofrecer a la gente como en las tiendas de modas—las últimas novedades recibidas, estas novedades suelen ser antiguallas que han dado la vuelta.

Algunas, como por ejemplo *La Gran Vía*, nos recuerdan a esas viejas que vuelven a figurar en su vejez, no por sí mismas sino porque han tenido hijas que ahora son ya jovencitas en estado de merecer y salen a relucir para acompañar a la niña y contar, de paso, a los novios de la joven: «Yo fui como ésta...» «En mis tiempos también yo...» O por el contrario: «Yo en mis tiempos no hacía eso...»

La Gran Vía de antaño puede ver que en la actualidad es otra la Gran Vía que en Madrid luce y presume.

¿Qué pensar nosotros de aquella vía y de esta? ¿Cuál de las dos es más *Gran*? La de antaño, por lo menos, no ha perdido el compás: sigue tan retazona y pinturera como siempre. La de ahora, en cambio, aunque más lozana y lujosa, no ha pasado todavía al teatro. ¿Será que falta en los autores la chispa suficiente para animar y poner en solfa esta Gran Vía?

Algunos podrán decir que las calles de hoy tienen unos nombres poco propicios a las Musas. Cuando llaman a una calle Caballero de Gracia, puede la calle presentarse en cualquier parte, segura de que le ha de bastar la cédula, para que la reciban bien, en todos lados. ¡Poco gentil que resulta ese nombre!, ¡poco presumido y dandy «fin de siglo» que se nos aparece ese tipo con sólo su nombre de pila!

Caballero de Gracia me llaman y, efectivamente, soy así...

La Gran Vía de ahora se llama, en un trozo, de Pi y Margall; en el otro, de Peñalver. Hay que reconocer, imparcialmente, que estos nombres no se prestan demasiado al jugueteo musical. No acabamos de concebir un número en el que salga un caballero y adelantándose a la batería cante, por ejemplo:

Hay que ver... Hay que ver la espléndida Avenida del Conde Peñalver... Y que otro caballero le conteste: No está mal... No está mal pero es mejor el trozo que tiene Pi y Margall.

No acaba uno de figurarse esos dos tipos... Porque *El Caballero de Gracia* no es un señor determinado: basta con que sea un caballero y tenga cierta gracia. Es fácil componer el tipo con un pantalón estrecho de trabilla, color café y galón de seda negra; chaqueta negra, hongo café, más oscuro que el pantalón, y un junquillo bambú con el que haga molinetes... Pero, el Conde de Peñalver... ¿cómo demonios figurarnos a este Conde? ¿Quién es este Conde?

A Pi y Margall lo conocemos más o menos y sabemos de él una cosa, una sola, es verdad, pero por lo menos ésta la conocemos todos; a saber: que estuvo en el Poder, que pudo guardarse los cuartos de la Patria y que no se los guardó.

Esto lo sabemos todos, porque lo cuenta todo el mundo y lo cuenta a todas horas, como quien cuenta una hazaña excepcional, colmo de lo asombroso.

No nos hemos podido explicar nunca cómo no ha protestado de este hecho el Sindicato de Carteristas, vulgo Ministros. En cuanto zahiere a la autoridad un pelagatos cualquiera, meido a periodista, ponen los señores Ministros el grito en el cielo, y al periodista en la cárcel, y no protestan; si... embargo, de que se cite como caso nunca visto, el caso de un gobernante que no se llevó a casa los fondos del Estado.

Sea de esto lo que quiera, la cuestión es que todos conocemos a Pi, que conocemos además ese rasgo biográfico, y que con eso bastaría para formar un numerito. Podía, por ejemplo, salir el número de los ratas de la Gran Vía antigua, pero con unos cuantos Ministros que habrían de salir pitando en cuanto saliera Pi.

Entonces Pi cantaría:

Público amable, ¡asómbrese!
Soy el primero,
aunque no lo crea usted
que no me guardé el dinero.

Y el coro cantarfa un estribillo que dijera, sobre poco más o menos:

Es Pi y Margall... Pi y Margall
Maravilla *entodavía*
más grande que El Escorial.

Pero del buen Conde llamado Peñalver, ¿qué diantre puede decirse? Con este caballero—que tal vez sea también de mucha gracia, pero a quien no tenemos el gusto de haber conocido en toda nuestra vida—no se pueden formar números de música; no se pueden formar otros números que los de la calle que lleva su nombre.

De todos modos, creo que con esta costumbre de remazar obras de antaño, va a quedar establecida la que pudiéramos llamar «Sección de antigü-

dades del teatro». Sección que vivirá próspera, pues tiene su público: los viejos. ¿No hay teatro para los niños?, ¿por qué no haberlo también para los que van volviendo a serlo?

Como representante del movimiento aparece el veterano Moncayo. Nosotros nos honramos publicando en nuestras páginas dos fotografías del gran actor. Sería injusto decir que Moncayo es un actor viejo, ni aun siquiera un actor antiguo; es el de siempre. Juvenil, como en sus primeros años, nos ha ofrecido la otra noche una ramita de laurel recién cogido en el Jardincillo de El Cisne.

MANUEL ABRIL



El Sr. Moncayo, anteayerche, representando *El Santo de la Isidra*. ¡Como si tal cosa! Eso es inmortalidad, y lo demás, ¡fonteterial!

ANUNCIOS RECOMENDADÍSIMOS

HAY QUE LEER UN RENGLÓN SÍ Y EL OTRO TAMBIÉN

PÉRDIDA Se ha extraviado un alfiler de corbata, con seis brillantes y una perla, en el trayecto comprendido entre París y Yokohama, durante un viaje en avión realizado por el dueño de la joya. Se advierte que los brillantes estaban montados al aire y no se cree necesario advertir que el poseedor del alfiler estaba también montado de la misma manera cuando sobrevino la pérdida. Se gratificará con ocho francos al que haya encontrado la alhaja en cualquier punto del recorrido y la presente en París, Rue Auber, 84. De esa gratificación se descontará el importe de este anuncio, publicado en todos los periódicos de alguna circulación de Europa, Asia y Oceanía.

ESTUPENDO VERANEO

ALQUILO CASA EN LAS MATAS

Aire de sierra y de escoplo, horizontes fornidables, sol durante todo el día, caza, pesca, alpinismo, excursiones en burro, trinos de aves, rumor de hojas, etc., etc.

EL MEJOR SITIO DE LAS MATAS

A los cazadores les garantizo que hay perdices cerca de la casa y casi les puedo garantizar que hay chinches dentro de la misma.

¿Qué más quieres, cazador?

¿Qué mejor coto que Las Matas?

Si hay chinches, las matas. Y si hay perdices, y eres buen cazador, no las matas.

¡PERO TE DIVIERTES LA MAR!

Informes: Bola, 88.

Vendo tres mil pies de terreno en la Cuesta de los Cojos. Aprovechen esta única ocasión para realizar un negocio formidable, pues hay que tener en cuenta que si estos tres mil pies estuvieran en otro sitio que no fuera la Cuesta de los Cojos, en lugar de tres mil pies serían seis mil que no es lo mismo. Los doy a la mitad de su valor, y pueden ustedes creerme á pies juntillas porque soy un hombre serio. — Evaristo Pie de Cabra, Lavapies, 208.

Profesor de jazz band, martiniqué, negro, necesita una habitación en casa particular. No aceptará habitaciones obscuras porque para obscuro ya tie-

ne bastante con su físico. O, para decirlo mejor, es un negro que quiere las cosas claras. Si la habitación le conviene, este negro sería capaz de firmar el contrato en blanco. — Jackson Carboner, Lista de Correos, bola negra número 18.740,

Dolor de cabeza

LOS QUE LO PADECEN HACEN PERFECTAMENTE EN RENEGAR DE TODO LO EXISTENTE Y EN TRATAR MAL A LA SERVIDUMBRE Y A LAS PORTERAS

El dolor de cabeza explica la envidia que nos da Luis XVI, María Antonieta, Robespierre y Carlota Corday, que desde que se quedaron sin cabeza descansan en paz.

No hay nada tan rabioso como una neuralgia, ni tan antipático como una jaqueca, ni tan cursi como un latido de sienes.

ESTE DOLOR, QUE NO LO PUEDEN PADECER ALGUNOS ELEGIDOS COMO ALVARO DE RETANA, HOYOS Y VINENT Y EL CABALLERO AUDAZ, ESTÁ SIN EMBARGO EXTENDIDÍSIMO POR EL PLANETA

La farmacopea tiene la obligación de aliviarlo.

Y uno de los mejores específicos, el único que evita radicalmente el dolor de cabeza, el único que deben ustedes tomar de cabeza, es

EL SELLO LÓPEZ-DURO

¡ES EL MÁS RADICAL!
¡CURA EN TODOS LOS CASOS!

¡LE SUCEDÉ LO MISMO QUE AL REVERENDO PADRE REVILLA, QUE NO ME NEGARÁN USTEDES QUE «CURA» SIEMPRE!!

El sello López-Duro es la panacea de la neuralgia.

¿LA PADECÉIS?

¡Pues López-Duro y a la cabeza!

Este sello se vende en todas las farmacias y en bastantes estancos. ¡Neurálgicos, con este sello os jugáis la última carta!

¡CERTIFICO EL RESULTADO!

Vendo un magnífico violín, que ha pertenecido a varios profesores de orquesta de la Zarzuela, Apolo, Pavón, Novedades, Latina, Cómodo y Cisne. Es un violín verdaderamente extra. Claro que no es una joya, porque para eso tenía que ser un violín *estradi-varius* y lo que yo vendo es un violín extra de varios... Pero de todos modos es un violín pistonudísimo. — José del Arco, Arco de Santa María, 97, almoneda.

Merendero del Chepa

CUESTA DE LAS PERDICES
MAGNÍFICA COCINA

Los camareros de esta casa no sirven cubiertos porque están muy bien educados, y cubrirse delante del parroquiano es una grosería.

ESPECIALIDAD EN POLLOS
TAMBIÉN HAY NIÑAS BIEN

Todos los días, Tango-Bocadillo y Tango lo que quieran.

Cedo en poco precio cómoda caoba siglo XIX y butaca poltrona del año 1813 (después de Jesucristo y mucho después de Loreto Prado). La butaca es muchísimo más cómoda que la cómoda, pero la cómoda tampoco es ninguna tontería. — Razón, Almirante, 12, cerca de Barquillo. (Y perdonen ustedes al Almirante por estar cerca del Barquillo, en lugar de estar dentro de él como es su obligación).

Modista acreditada confecciona trajes de señora, señorita y cupletista a cinco duros. Esta baratura la hace dudar de si es modista o es modesta, pero sea lo que sea tiene mucho gusto en ofrecer sus servicios a su moribunda clientela. Y si la clientela lleva la tela, cosa que sucede siempre porque la lleva detrás, el precio es más bajo todavía. — Madame Pérez, Ave María, 133. Hay ascensor. (Lo que pasa es que no funciona).

— Agente anunciador: **ERNESTO POLO**

LAS COSAS ÚTILES

Siento, desde mi más tierna infancia, un odio profundo hacia las cosas útiles. Esas cosas que se imponen a nosotros con el poder intolerable de su utilidad y valiéndose de nuestra lamentable condición de animales imperfectos. Esas cosas que graves y cejijuntas, pedantes y necesarias, nos prestan algún servicio, pero nos exigen acatamiento absoluto y nos esclavizan sin redención.

Mi tía Ramona tiene la culpa, así como mi tío Evaristo. En mi familia, como en todas las familias del mundo, hay una tía Ramona y un tío Evaristo. Esta persuasión mía, de la universalidad de semejantes seres, es la que ha evitado mi suicidio. Mal de muchos, consuelo de todos y no de tontos...

Ramona es la tía autoritaria, feroz, terrible, utilitaria, gruñona. Va a misa todos los domingos a hora temprana, aunque sólo sea por pelearse con el sacristán, o, si puede, con el mismísimo señor cura. Es la que encuentra todo mal hecho, es la que nunca hubiera procedido como todo el mundo procedió, es la que, como una nube negra y fría, nos agua todas las fiestas y la que, como un plato de calamares, nos indigesta todas las comidas. Es la que más grita cuando nos suspenden en los exámenes y la primera que dice que nuestra novia es fea y cursi. La tía Ramona es... la tía Ramona. ¿Quién no la conoce?

El tío Evaristo es el calavera de la familia. Solterón y con dinero, el tío Evaristo es el tío de quien se habla en voz baja, con acento triste, como si se tratara de un difunto, y moviendo gravemente la cabeza. Pero al tío Evaristo le importa un pito todo eso; es simpático, gracioso, jovial, generoso, vive estupendamente. Es un lince..., es un fresco..., es... el tío Evaristo. ¿Quién no le conoce?

La tía Ramona es la personificación de las antipáticas cosas útiles, así como el tío Evaristo es la representación humana de las deliciosas inutilidades. Los dos llenaron mi infancia, cada uno a su distinto modo, y hoy que ya soy mayorcito, tía Ramona, no sé, no sé cómo no te pego un tiro o no te empujo con alevosía bajo las ruedas de un autobús. Por si acaso, no pasees conmigo a las orillas de un estanque ni al borde de un precipicio. Evita la ocasión, horrible tía Ramona...

¿No te acuerdas?... ¡Ah, miserable sufragista! ¡Ah, concejala frustrada! ¡No te acuerdas de aquellos días de mi santo, de aquellos días de mis fiestas, en que cuando yo, rodeado de soldados de plomo, de aros que al andar hacían sonar un timbre, de monos de trapo que gritaban al apretarlos en el ombligo, de globos de colores, de sa-

bles como los de verdad, de escopetas de aire comprimido, de multicolores peones de música, de bombones, de dulces y de paquetes y cajas, aun sin abrir, con sus papeles y sus bramantes y el nombre sugestivo de un bazar encima, llegabas tú y, ¡ah, monstruo!, me traías un par de calcetines de lana, unas ligas negras, unos tirantes, un portalibros y una horrible caja de compases, diciendo que eran cosas útiles y que los compases me servirían para cuando fuera ingeniero! Y encima me besabas. Y mirabas con desprecio los regalos del tío Evaristo, aquellos juguetes del delicioso tío Evaristo, tan brillantes, tan misteriosos, tan llenos de color, tan originales, tan ruidosos, con los que yo atronaba la casa; aquellos juguetes que eran todo para la vis-

ta y para la imaginación; aquellos juguetes que no duraban casi nada, porque el mismo tío Evaristo me ayudaba a sacarles las tripas para ver lo que tenían dentro...

—A los niños —decías— hay que regalarlos cosas que sirvan para algo, cosas prácticas, cosas útiles.

Y hablabas de educación, del día de mañana, de cuando yo fuera ingeniero. Hasta que te ibas furiosa y rugiente al ver cómo tío Evaristo montaba, con su tripa y su calva, sobre un caballo de cartón... que no servía para nada. Pero tenías más ascendiente entre la familia y entre las amistades que el tío Evaristo, y tus teorías dominaron durante algunos años. No; nunca, nunca te perdonaré los calcetines de lana, los cortes de traje, las chalinas coloradas,



I. Bueno, pues le cité dos veces...

II. Y, náa que no acudía ni por un cortijo...



III. Y yo... como un jabato le vuelvo a citar... y tampoco acude...

IV. Es que se golería que le ibas a dar un sablazo!!!

Dibs. CASERO.—(hijo)—Madrid.

los tirantes, los portalibros, las docenas de cuellos, las camisas de franela, los libros de Moral, los relatos histórico-recreativos, los pasadores dorados, las terribles cajas de compases, las carpetas para guardar documentos y demás cosas útiles con que tú y tus partidarios me obsequiásteis durante muchos años. ¡Hasta libros de solfeo, Señor! Con lo único que transigíais, y esto a duras penas, era con los juguetes científicos. ¡Ah, los juguetes científicos, con los que, según tú, se podían hacer locomotoras de hierro y dirigibles de tela... sabiendo un poco de álgebra, logaritmos y ecuaciones de tercer grado!... Fiebre me da al recordarlos. Menos mal que tío Evaristo perdía siempre el tornillo fundamental o la fuerza imprescindible. Pero ¿qué más

decir?; si hasta los mismísimos Reyes Magos se inclinaron ante tus influencias y ante tus recomendaciones...

De aquellos años nació mi horror a las cosas útiles. Y hoy, tía Ramona, hoy que, repito, soy mayorcito, te diré, para tu condenación eterna, que todos los días me gasto un duro en periódicos que no me importan, en novelas picarescas y en tomar tranvías que no me llevan a ningún sitio; que llevo siempre los bolsillos llenos de pastillas de café con leche; que no uso ligas, ni tirantes, ni calcetines de lana y que empeño en seguida todas las cajas de compases que caen a mi alcance.

Pero, a pesar de esto, no puedo evitar que un furor homicida convulsione mis manos siempre que recuerdo aquella caja de música, cuadrada, chiquitita,

con su manivela minúscula para darle cuerda, con su tapa de colores, sobre la que un caballero de frac, con chistera y perilla, muy fino, muy galante, bailaba... Aquella caja de música que, al darle yo cuerda, emitía poco a poco, y con un sonido de timbres y campanas lejanas, todo su repertorio de pavanas, valse y minués... Aquella caja de música sobre la que, al empezar a oírse la musiquilla, se animaba el muñequito de frac, chistera y perilla, y bailaba haciendo reverencias con su noble aire de marqués... Aquella caja de música que tú, ¡miserable!, poniendo el grito en el cielo, me obligaste a cambiar por un traje interior, de punto, para cuando llegara el invierno...

GABRIEL GREINER

ARÍSTIDES Y SU ESPOSA

I

El crimen había conmovido a toda la ciudad.

Verdaderamente, el caso de un hombre que para ver gratis una película de Charlot asesina a los diecinueve acomodadores que intentan prohibirle el acceso sin billete al cinematógrafo, no se ve todos los días. Era, pues, lógico y naturalísimo el acaloramiento con que comentaba la gente el espeluznante suceso.

Arístides Berruguete era uno de los más indignados, y cuando aquella mañana, después de descargar un sonoro puñetazo sobre la mesa de la Comisaría en que prestaba sus servicios, aseguró rotundamente que él era capaz de descubrir en veinticuatro horas al asesino, sus compañeros de oficina movieron la cabeza en son de duda.

Esto bastó para que Arístides, herido en su amor propio, les dirigiera las siguientes palabras:

—Señores: en el descubrimiento de ese crimen está empeñado el honor del Cuerpo de Policía. Les anuncio que desde hoy comenzaré a trabajar por cuenta propia para esclarecerlo. No me lleva a ello deseo de recompensa ni de popularidad, sino la afición y el amor que he profesado siempre a mi carrera.

Y volvió a descargar otro puñetazo sobre la mesa del despacho.

II

Sus primeras gestiones fueron infructuosas. Únicamente se pudo poner en claro que el asesino llevaba traje azul de mecánico y una perilla rubia, de un rubio caoba.

Aquel día Arístides en cuanto llegó a su casa disfrazó hábilmente de mecánico a más de adosarse un hermoso bigote negro. Así vestido estuvo casi toda la tarde vagando por garajes y puntos de parada de taxis, ya que creía tener el convencimiento de que el

asesino frecuentaba aquellos lugares. No consiguió nada, sin embargo; únicamente pudo averiguar que un hombre con perilla color caoba acababa de ser visto paseando por los muelles.

Dirigióse rápidamente a su casa con intención de cambiar su disfraz por el de marino; pero unos metros antes de llegar a ella distinguió a su mujer, que caminaba en el mismo sentido. Arístides acercóse a ella, le iba a saludarla, cuando sus palabras fueron cortadas de un modo terminante:

—Caballero, haga el favor de retirarse.

Arístides Berruguete rió de buena gana, y tras de darse a conocer tomó a su señora por el brazo. Así, en dulce coloquio, regresaron hasta el hogar conyugal.

Ya en él cambió aceleradamente de disfraz: vistióse altas botas de cuero, pantalón anchísimo, blusa azul y gorra de hule. Completaba su aspecto enorme sotabarba y kilométrica pipa. Bajaba ya por la escalera, cuando su esposa le llamó desde lo alto:

—¿No vas hacia el puerto, Arístides? Espérame dos minutos y me acompañas hasta casa de las de López, que viven en el mismo barrio.

—Como quieras.

El matrimonio salió junto de casa y así fueron hasta cerca del muelle, en que se separaron. Arístides comenzó sus pesquisas, pero no dieron tampoco resultado práctico. Sin embargo, pudo enterarse de que un hombre con perilla rubia había sido visto en una de las estaciones del ferrocarril conduciendo una locomotora. Y decidió disfrazarse de ferroviario al día siguiente.

Así lo hizo, pero tampoco esta vez consiguió nada; y cuando triste y desalentado volvía a su domicilio, encontró a su mujer, que acababa de bajar a la calle para comprar el postre. Como la mañana estaba espléndida, Arístides

invitóla a dar un paseo, tras de lo cual regresaron a casa.

Sucesivamente el hombre de la perilla color caoba fué visto encendiendo un farol, banderilleando un toro, conduciendo un tranvía, haciendo la instrucción militar, diciendo misa y tripulando un monoplano.

Arístides Berruguete se disfrazó de farolero, de matador de toros, de tranviario, de capitán de infantería, de pastor protestante y de piloto aviador, pero todo fué inútil.

Muchas veces que volvía a su casa encontrábase con su esposa. Y como eran un matrimonio modelo se cogían del brazo y de este modo regresaban hacia el hogar.

III

En la oficina la noticia cayó como una bomba.

—Os digo que le engaña—decía uno.

—Lo sé—dijo otro—. Le engaña con uno que lleva bigote negro.

—¿Cómo va a llevar bigote negro si es torero!—tercero.

—¡Torero! ¡Pero si yo con quien la he visto es con un capitán de infantería!—agregó otro más.

—Estáis equivocados todos—dijo una nueva voz—. Me consta que con quien le engaña es con un pastor protestante, con el que la vi anteanoche.

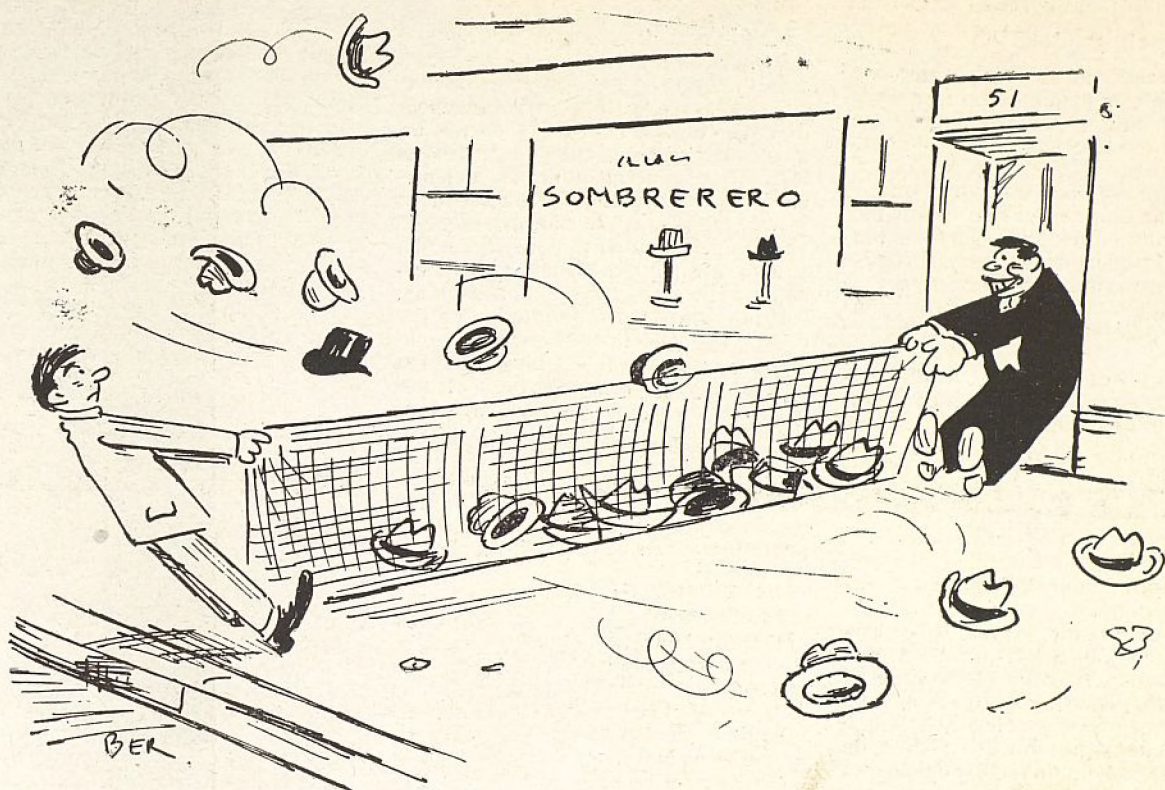
—Pues a mí, en el tipo, me pareció farolero.

Discutieron durante varias horas, pero no lograron ponerse de acuerdo. Cada uno la había visto con un hombre diferente. Arístides Berruguete ¡el pobre! era uno de los seres más desdichados del mundo.

Pero como sus compañeros no tenían culpa de ello y sí obligación de velar por la dignidad del Cuerpo a que pertenecían, le sometieron al fallo de un tribunal de honor.

Y quedó expulsado del Cuerpo.

MANUEL LÁZARO.



Dib. BERGSTROM.—Niza.

Cómo el sombrerero de mi calle, aprovecha un día de viento para completar sus existencias.

REFORMA CERILLERA

Se ha venido hace días comentando (en lo que hoy es posible) por la Prensa la forma de expenderse las cerillas con precios que son cosa rara y nueva.

Mejor que esa reforma, ya en el coste ya en su número exacto, ya en sus mezclas es que añadan al nuevo reglamento estas que juzgo convenientes reglas:

Primera.—Estarán hechas las cerillas de una pasta algodónica cubierta de sebo y fosfatina, pues no entiendo que pueda haber *cerillas de madera*.

Segunda.—Será cosa indispensable en las cerillas el tener cabeza, distinguiéndose así de ciertos socios que bullen en salones y academias.

Tercera.—En la cabeza susodicha deberá entrar del fósforo la esencia; pero en éste, aunque *mixto*, entrar no deben mercancías extrañas y molestas.

Cuarta.—Toda cerilla que, al rasparla, su cabeza perdiere, o parte de ella, será en un manicomio recluida, como es natural.

Quinta.—Las cabezas tendrán sólo un deber: el de prenderse cuando, al rozarlas con furor, las venga la explosión. **Sexta.**—No será bastante que los mixtos fosfóricos se prendan.

Hace falta, después de estar *prendidos*, que ardiendo sigan *para que se vea* que no son alfileres ni ladrones.

Séptima.—A todo mixto, aunque no quiera, se le hará entrar *en caja* sin remedio, por buenazo y pacífico que sea.

Octava.—No habrá dentro de la caja entre unos y otros fósforos reyertas, ni al ver que faltan varios en el grupo para estar los cabales, habrá quejas; ni deben inflamarse en el bolsillo del dueño, aunque la novia le ande cerca.

Novena.—La cerilla, ya apagada, aun viéndose arrojada con violencia, no deberá jamás considerarse humillada por eso... ¡Nunca sean

las cerillas tomadas por veneno! Los amantes que así matarse quieran, háganlo de manera menos cursi con jerez, por ejemplo, de a peseta...

Y no digo ya más. Y ahora le pido al ministro simpático de Hacienda perdón por completar con estas líneas su oportuna reforma cerillera,

que podrá ser acaso criticada como toda obra humana, mala o buena; pero es más *luminosa* que ninguna, ¡y hasta es de las que «quitan la cabeza»!...

JUAN PEREZ ZÚÑIGA

PATRANAS

La escopeta modelo

Los cazadores cambian constantemente sus escopetas y siempre están pensando en una escopeta más perfecta, en el modelo nuevo, en la última novedad.

Yo conocí al cazador ideal que se contentaba con enseñar su escopeta y no tirar ningún tiro, pues ya era su escopeta lo suficientemente maravillosa para no necesitar más, teniendo grabada en plata la copiosa cacería soñada aprovechando el extenso paisaje de su culata.

Pero aquel cazador resulta anticuado al lado de este que ha encontrado en el último catálogo el modelo supremo de escopeta de lujo.

La escopeta munificente está descrita en el catálogo con frases de regalo: «Clase especial X, libre de toda competencia. Un sólo cañón, pero cañón mágico. Pólvora mirífica, puntería inútil, punto de mira interior...»

(La originalidad de esta escopeta consiste en que dispara el tiro y tras el tiro sale el conejo disparado y con la bala dentro. Es capaz de producir al día tantas piezas como cápsulas de pólvora mirífica se empleen y hay que tener en cuenta que hay cartuchos de perdiz, de conejo, de faisán, desde tres a cinco pesetas cada.)

Modelo único con incrustaciones en nacar y oro... Veinte mil pesetas.»

Un ladrón urbanísimo

Hombre de mundo acrisolado, este ladrón para los tes de moda, los palacios de hielo, las fiestas de caridad y los grandes kursales, sabe ponerse el esmoking como nadie y su especialidad son los saludos.

El no roba más que en los saludos. Le repugnaría tantear una cartera o una joya fuera del acto del saludo en que está permitido un pequeño contacto que no puede alargarse con descortesía pero que tiene derecho a una impronta tan profunda como se quiera con tal de que sea breve.

En el beso en la mano a las señoras roba y sorbe las perlas o los brillantes por muy bien montados que estén; al dar la mano a los caballeros se queda con sus sortijeros y en el baile desprende los collares de perlas en el momento que tiene señalado en las partituras como el del corte rítmico.

El calculador

Llevaba unos grandes carteles en que aparecía rodeado de cifras y que se pegaban en las esquinas el día de su debut con el subtítulo de «el atleta de las cifras».

Realmente pocos calculadores que como él hicieran en el menor espacio de tiempo y sin tener que hacer cálcu-

los en la pizarra, las mayores sumas, sustracciones, multiplicaciones, etc.

Sólo el discretísimo director del circo, el guardador de los más intrincados secretos, de la mentira de los faquires, del clown que llevan dentro los falsos borricos amaestrados, del mecanismo de gran bota desclavada en que consiste el cocodrilo, guardaba el secreto del calculador maravilloso, del «atleta de las cifras» (número en el escenario) como añadían los programas.

En la concha del apuntador se escondía el pleado de banco que ayudaba al «atleta de las cifras» y en una de esas prodigiosas máquinas alemanas que han sustituido a los matemáticos, hacía rápidamente las operaciones ateniéndose a los datos que daba el público, y se las comunicaba al falso calculador como apuntador de teatro trasfunde las tiradas de versos al actor que no se sabe el papel.

En el mundo del Turf

El caballero del sombrero de copa color tórtola era un empedernido jugador de carrera de caballos. Junto a la pasarela de madera había seguido muchas veces el rumbo del viento eguino y había meditado mucho en la manera de ganar siempre.

En esa contemplación y estudio constante se le había ocurrido el agasajo a la yegua gananciosa, esa yegua que es como una bailarina. Medio en broma y como gran excentricidad de un chiflado la llevaba dulces, ramos de flores y hasta algún brillante.

La yegua miraba con sus grandes ojos de bella Otero al distinguido deportista del sombrero de copa color tórtola, el pobre arruinado que tenía empeñados sus Zeis y sólo llevaba en banderola un estuche vacío.

Ya le conocía al pasar junto a la barrera del hipódromo y cambiaba con él una especial sonrisa y le dedicaba una inclinación rápida en un gesto caracoleante. El caballero del sombrero de copa gris también se quitaba la tapadera con gesto caballeroso.

¿En qué iba a parar aquello? ¿Qué resultado práctico intentaba sacar de aquel flirteo el jugador empedernido?

Muy sencillo. Seducir a la yegua para que se retrasase en la carrera. Obtener la probabilidad de que ganase el segundo en predicciones favorables.

El caballero del sombrero de copa color tórtola inventó el guiño del retraso y cuando quería provocar el retraso de la magnífica Odalisca 1.^a la hacía un guiño al pasar, un guiño traidor, perturbador, alijador de su voluntad y sobornador de su instinto de victoria.

Odalisca 1.^a, centro de todas las apuestas, quedaba entonces la segunda y él recibía mil duros por uno.



ENTRE CANIBALES

—Pero cuidado que eres cafre, mira que comerte a tu esposa!
—¿Qué quieres; cuando éramos novios la tenía sentada en la boca del estómago, y desde que nos casamos la podía tragar.

Dib. SAMA. — San R. f.e. (Segovia).

Tiples ligeras

No notamos muchas influencias mutuas entre cosas de significado distinto y de actuación distante, pero existen sin duda.

Al que se le ha escrito una carta que después de escrita se rompe por impertinente o por incierta, recibe con seguridad una especie de trasunto indestructible de esa carta. Sin poderlo aclarar siempre llevará el eco de aquella carta rota antes de salir al correo.

Pero una de las últimas comprobaciones de la ley de las consecuencias inesperadas me la hizo el otro día un carnicero amigo que me aseguró que cuando había función con tiples ligeras en el teatro de su barrio vendía más jamones y piernas de ternera que nunca.

La moda de la revista

Por dar de todo aquella revista daba una página de modas, página absurda tramada por un mal dibujante, sin orientación ni concierto. Pero había que tener una página femenina.

A nadie se le había ocurrido copiar aquellas modas haciéndose un traje según su modelo, pero alguna vez tenía que haber alguien que incurriese en la tentación.

Matilde la temeraria se hizo el traje de primavera. Según el modelo ideado por la revista, salió a la calle con él y una manifestación pública se formó detrás de ella.

El padre de la muchacha, indignado con lo acaecido, ha abierto pleito contra la revista y la pide una indemnización de diez mil pesetas por la vergüenza causada por su página elegante «con dolora inconsciencia de la moda».

El negro condenado a muerte

Aquel negro había tenido avilantez de amar a una blanca y eso en la pulcra yankilandia no se perdona.

Los jueces, que por algo se lavaban los dientes cuatro veces al día, pronunciaron una terrible sentencia condenatoria. El negro sería ejecutado por tres veces con macabra saña.

La noche de capilla fué aterrador para el pobre hombre empavonado, tan terrible que cuando le llevaron a matar en la madrugada de ojos pitafiosos, se había vuelto blanco.

Así como en la noche de la capilla última ha habido condenados que han encanecido por completo aun habiendo entrado pelijóvenes, el negro se había convertido en blanco.

En vista de eso, los jueces se reunieron en consejo urgente, y como al perder el color el delito se había convertido en falta, optaron por casar a la pareja de blancos.

El negro entonces no conformándose con aquella solución al conflicto jurídico entabló recurso de casación.

El corte de la cabellera

Elisa decidió cortarse el pelo para convertirse en muchacha más volandera, pizpireta y arrojadiza de lo que ya era.

El peluquero, alegre de realizar una poda más, tomó sus tijeras de corte rápido y dió los cortes irreparables.

Elisa sonreía como mártir voluntaria que se alegra de su mutilación.

Pero el peluquero se detuvo de pronto y tomando el espejo de mano que muestra el occipucio al que se pela, exclamó:

—¡Señorita! Vea con lo que nos encontramos...

Todo tembloroso, le costó trabajo enfocar el espejo satélite hacia el espejo de pared, para que Elisa viese lo que aparecía al ser cortados sus cabellos a lo Juana de Arco.

Aparecía en su cerebelo un agujero profundo que demostraba la poquísima masa encefálica que poseía. Era un hueco parecido al que tienen esas botellas preparadas para el hielo, con un depósito en su panza.

Elisa decidida dijo al peluquero:

—Bien, rellénelo con crepé.

Terrible falsificación

El dueño de las legítimas pastillas de café con leche supo que corría por el mundo una falsificación y se dispuso a descubrirla.

Sus pastillas legítimas daban la pura sensación del desayuno ideal. Siempre evocaban una mañana alegre y eran la nostalgia pura de aquellos viajes largos que tenían desayuno con café y leche en la fonda de estación aun a medio despertar, con rincones de noche y con una luz en que se reunía una amarillenta iluminación de faroles de tren a ráfagas del día.

Las pastillas falsificadas debían dar la sensación de un desayuno en día saburroso, en una estación triste, bajo un frío desagradable.

¿Pero cómo descubrir una falsificación por el estilo?

El creador de las pastillas legítimas de café con leche optó por envenenar varias cajas de las falsas y que de ese modo quedase descubierta la maldad de la falsificación.

En efecto, así lo hizo y murieron cincuenta no fumadores, que son los que más se dedican al pastilleo de las de café con leche, veinte niños y setenta golosas empedernidas.

La autoridad cerró en vista de eso la fábrica de las ilegítimas pastillas de café con leche, el comprimido mañanero que mezcla la mañana a la tarde, y que además de ser el consuelo de los estómagos mal alimentados es la tirana en forma de caramelo.

RAMÓN GOMEZ DE LA SERNA

VIDA Y MILAGROS DE ROBERTO

UN "GOLPE" SENSACIONAL

Mi fracaso como detective (1) no había borrado de mi memoria, pese a la esponja de los años. Catorce sumaba cuando ocurrió lo que voy a referir, y aún me escocía en el alma mi derrota. Ese desengaño y un tango que oí a Spaventa, son los dos recuerdos más tristes de mi vida.

Pero, al mismo tiempo que dolor, yo sentí germinar entonces—tal que una espiga en el campo de amapolas de mi corazón—un vivo deseo de venganza. ¡Tomaría el desquite, sí! ¿Cómo? Haciéndome ladrón.

(1) Véase «El robo de las manzanas» en el número 221 de Buen Humor.

Y pasó el tiempo. El panorama nacional era lamentable. Ofrecíase como un desierto en el que ni la más insignificante semilla florecía; como un cráneo sobre el que no derramase su sombra el más minúsculo ramaje de un cabello... No había escritores, no había toreros, no había nada... Los escritores, unos, coqueteaban con la aristocracia y con la plutocracia, decidiendo a la vez que no fuese escritor quien no usase por lo menos camisas de otomán. Eran los de la escuela literaria «La camelancia tenebrosa», compuesto de filósofos de pega y de pensadores originales con pensamientos de Platón, que escribían en un estilo

confuso; que nadie, ni aun ellos mismos, conseguía entender. Otros escribían novelas blancas, y azules, y rosas, y de todos los colores, incluso el verde. Existían también *fabricantes* de comedias, en las que los personajes tenían un nombre equívoco, a propósito para hacer con él combinaciones. (Véase este ejemplo, tomado de «La Embriaguez de Champán», obra premiada en un concurso hípico):

ESCENA 5.^a

Pepito Tabaco, Lisa (reducción de Elisa), el tío Juan Café y Antonio Champán.

El tío Juan Café.—¿Te gusta el Manuel, Lisa?

Lisa.—No, papá.

El tío Juan Café.—¿Y el González?

Lisa.—No, papá.

El tío Juan Café.—¿Y el Tabaco?

El público.—¡Ja, ja, ja!... ¡Qué bruto!... ¡Me troncha las tripas este tío (1)!

El tío Juan Café (volviéndose a Champán, que es a quien quiere Lisa). Y a ti, Antonio..., ¿te gusta Lisa?

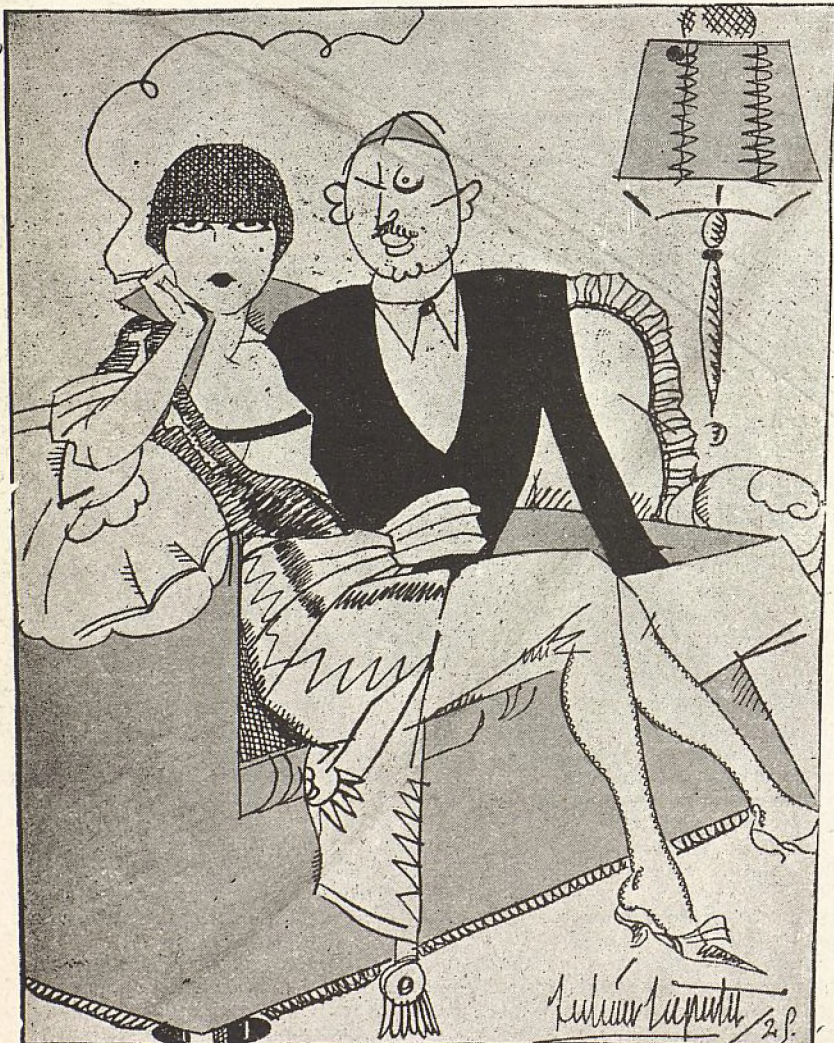
Champán.—A mí me gustan rellenas... como las albóndigas.

El público.—¡Ja, ja, ja!... ¡Qué bruto! ¡Me troncha las tripas este tío!...

(La escena 6.^a a base de Café y de Champán.)

Otros escribían dramas de tesis. No faltaban tampoco ni el autor psicológico, para el que las mujeres que engañan al marido... y al amante son casos de espiritualidad, ni el madrileñista que abomina de los *autos* y del teléfono y de las calles limpias, mientras entona un cántico al mantón, y a los tufos y a la música de los organillos, tan armoniosa, tan bonita, tan agradable... (Tanto, por lo menos, como el olor a aceite frito de las verbenas.) Mientras tanto, los verdaderos escritores no vendían un libro, y de allá, de las provincias, llegaban revistas y diarios chorreando lágrimas y sangre. «¡Ingrata!», «¡Ama desdeñosa!», «¡Mala mujer!», «¡So pécora!», son títulos correspondientes a otros tantos sonetos, tras los que se adivina al autor mesándose el cabello desesperadamente...

Los toreros, afortunadamente, ya no llevaban chaquetilla corta; ni sus pantalones eran abotinados; ni sus flechas de cupido, que, saliéndoles del occipucio, asaetaban los corazones femeninos, eran tan largas como antes. Mas lo que ganaran en la vida privada lo perdieron en la pública. No escupían por el colmillo, pero hufan cuando el



Dib. ZAPATA.—Madrid

—No digas; Pérez es un actor afectadísimo...
—¿Y a quién no le afectan los pateos?

(1) El tío del público es siempre el autor. El bruto, también.

BUEN HUMOR

toro les ponía cerca los largos colmillos de su frente; no proferían palabrotas sino ante los íntimos, mas perdían el habla cuando el cornúpeto barbotaba interjecciones con sus bufidos. ¡La fiesta de toros andaba mal!

Igual en todo. Y en cuanto al hampa... ¿Dónde estaba el ladrón español, capaz de codearse con un Raffles, audaz y caballeresco al mismo tiempo? ¡Ni el Landrú, fascinador de hembras, a las que después asesinaba? ¿Dónde, siquiera, los Vivillos y los Pinales de otros tiempos? De aquel plantel de hombres, ¿qué se hizo? ¡Ay! ¡Ya no surgían sino en el cine!

La juventud estaba perdida. A ella no podían aplicarse los versos de Rubini:

«Juventud, divino tesoro...»

Porque no era un tesoro, sino una birria. Hercúleos muchachos—los menores—que en los pies ponían su pensamiento; muchachitos que se depilaban las cejas y se enrojecían las mejillas; jovencitas que se metían los senos hacia adentro para conservar la línea, y que hablaban de cocaína y de *cabarets* y de Politi y de Pocholi...; aspirantes a literato que manejaban el incienso mejor que un monaguillo...

¿Qué se podía esperar de este nuevo plantel? ¿Qué de esta raza? Yo entonces pensé dirigir un manifiesto a la juventud. Párrafos de él son los siguientes:

«¡Jóvenes! ¡No pongais vuestro ideal en un coido! Sed hombres... ¡hombres! Mirad... España no anda bien. Necesita gente nueva, savia nueva que robustezca el tronco carcomido... (Esto de la savia y del tronco no puede faltar en ningún manifiesto que se estime en algo.) Hacen falta hombres en todos los órdenes de la humana actividad. Pero, sobre todo, en la de apoderarse de lo ajeno contra la voluntad de su dueño. Vergüenza da decirlo, pero junto a los ladrones cultos y civilizados del resto de Europa, nosotros no podemos presentar sino torpes caracteristas y soeces raterillos... ¡Es preciso que produzcamos un facineroso genial! ¡Afanémonos por conseguirlo! Estudiemos la honrada y lucrativa carrera de bandido. ¡Todo antes que perder lastimosamente el tiempo! ¡Estudiemos, sí, estudiemos! ¡En los libros está nuestra salvación! ¡Estudiemos, estudiemos, estudiemos!...»

Naturalmente, el manifiesto no vio la luz pública. Temí que me tomasen por chiflado. Pero, ya que no con palabras, decidí predicar con el ejemplo. Entonces fué cuando di el «golpe», de cuyo relato hago al principio la promesa que dejo incumplida en el final. Porque es el caso que no lo recuerdo bien. Si el lector, dando prueba de buen gusto, compra BUEN HUMOR todas las semanas, acaso un día logrará enterarse,

DIEGO PRADO DEL AGUILA



D b GARRIDO.—Madrid.

—¿Cómo dice usted que no hay billetes... si 'e estoy viendo las entradas?

INFORMALIDADES

UN LADRÓN ORIGINAL

La inesperada petición de aquel hombre me inquietó. Un individuo que a altas horas de la noche nos pide fuego en una callejuela oscura y solitaria, siempre nos parece sospechoso; no obstante, yo accedí al ruego del desconocido—treinta y tantos años, mirada fría y aspecto misérrimo—; pero me propuse estar alerta mientras encendía su cigarro con el mío, temiendo una brusca agresión.

No me equivoqué. Súbitamente, hizo una contorsión violenta y echó a correr, llevándose en una mano mi fino pañuelo de bolsillo, prenda que adornaba desde hacía algún tiempo el lado izquierdo de mi pecho. Me lancé velozmente tras el ladronzuelo nocturno, y a los pocos instantes, gracias a mis buenas piernas, logré alcanzarle y recuperar mi pañuelo.

—Perdón, señor—gemía el miserable. Yo le tenía fuertemente agarrado por un brazo, dispuesto a no soltarle sino en manos de un policía.

—Sepa usted, amigo mío—le dije—que esto es un robo con alevosía, premeditación y nocturnidad...

—Yo no soy un ladrón, caballero—me aseguré.

—¡Caramba!... ¿Pues qué es usted: fraile cartujo?...

—Le repito que yo no soy un ladrón; que soy coleccionista de pañuelos.

Me asomé; creí que se burlaba...

—¿Coleccionista de pañuelos?

—Como lo oye. Mire usted la cosecha de hoy.

Y sacó de sus bolsillos, con la mano que yo le dejaba libre, dos, cuatro, seis pañuelos finísimos de seda y crespón de vivos colores. Aquello me interesó.

—Convénzase—prosiguió—de que yo no soy un ladrón como otro cualquiera. Yo no robo por necesidad material; robo por exigencia puramente espiritual. Ya sabe usted que el coleccionista en la mayoría de los casos es un loco, un fanático... Pues bien; yo no gano para comprar los pañuelos que se me antojan y los robo; pero le aseguro que aunque no tuviera para comer no se separarían de mí.

—¿Cuánto tiempo lleva usted coleccionando de esa manera tan curiosa?—le pregunté.

—Cuatro meses.

—¿Y tiene usted?...

—Ciento catorce pañuelos, todos diferentes; todavía no se ha dado ninguna coincidencia, lo cual me satisface en extremo. De ellos, ochenta y tres son de seda y treinta uno de crespón. Yo no colecciono más que pañuelos finos.

—¿Qué le parece a usted el mío?

—El de usted no le tengo—suspiró. Hubo una pausa. El caprichoso co-

leccionista, al ver el interés que yo ponía en mis preguntas, había recordado completamente la tranquilidad. Siguió dándole detalles de su original manía.

—Naturalmente, no tengo esperanza de llegar a poseer la colección completa, pues esto es una cosa imposible. La confección de pañuelos es ilimitada. Procuraré únicamente tener hoy más que ayer. Tengo ciento catorce, y para fin de semana—estamos a miércoles—pienso poseer ciento cincuenta.

—Supongo que de tanto pañuelo usará usted alguno.

—No, señor; no los utilizo nunca.

—¿Y por qué esa abstinencia?

—Por si me los roban.

No supe si echarme a reír, creer muy lógico y natural—aparentemente—lo que me decía o darle una bofetada. Opté, al fin, por lo segundo, para que el coleccionista no se molestara.

—Tiene usted mucha razón—le dije—¡Hay cada ladrón por ahí!...

—No lo sabe usted bien—me advirtió—. Y es muy natural lo que pasa: hay poca vigilancia.

—Pues mejor para usted: gracias a ello su magnífica colección de pañuelos puede ir engrosando sin peligro alguno.

—Sí, señor; pero no crea que por eso no se nos molesta de cuando en cuando. Mire: tengo yo un amigo...

—¿También coleccionista?

—Sí; coleccionista de relojes de oro.

—¿Y los colecciona por el mismo procedimiento que usted los pañuelos?

—Exactamente igual. Pues bien: ese compañero está en la cárcel porque tropezó una noche con un agente que no quiso comprender sus aficiones artísticas. ¿Qué le parece a usted?

—Una injusticia.

Aquella conversación, que al principio me interesaba, llegó a aburrirme. Me dispuse, pues, a despedir a mi interlocutor, no sin antes hacerle un obsequio. Le pregunté:

—¿Dijo usted que poseía hasta la fecha ciento catorce pañuelos?

—Exacto. Ochenta y tres de seda y treinta y uno de crespón.

—Bien—le dije—. Pues ahora va a tener ciento quince. Tenga; acéptele. Estoy seguro que éste no está en su colección. Se lo regalo para que se acuerde usted siempre de esta charla aménfima.

Y acto seguido puse en sus manos un tosco pañuelo de algodón, de colores feos y ordinarios, que me había servido hasta entonces para limpiarme las narices.

Luis MONTERO



Dib.
CISNEROS
Madrid.

PLAN DE CABARET

—¿Le traigo al señor la cuenta englobada?

—No, simpático camarero, tráigala detallada, porque en globo... va a subir mucho.

EL COCHE COCK-TELERA

Goyo, Curro y Tomasito, enfundados en los «trincheras» se dirigían desde el «bar» al coche que habían dejado frenado junto a la puerta cuando tuve la desgracia de encontrarles. Y desgracia fué encontrar entonces a tan queridos amigos por lo que el curioso se irá enterando si tiene la debilidad de leer este sucedido.

Entre apretones de manos y abrazos efusivos me lograron incrustar en aquel cochecito de dos asientos en el que nos acomodamos, por decir algo, hasta los cuatro amigos. Los noventa kilos corridos de Curro y los ochenta y tantos, también ajetreídos, de Goyo, nos traían verdaderamente «abrumados» a Tomasito y a mí.

No obstante, había de fingir un agrado que es imposible sentir cuando en un asiento poco mayor que el de un «cine» económico se han de colocar dos gordos y dos pesos «miraguano», pero a la invitación cariñosa de un propietario de automóvil, ¿quién se resiste?; aunque he podido observar, el gran negocio que supone poseer un coche, ya que éste puede ser como el cebo de grandes excursiones a base de gasolina pagada por los acompañantes y la merienda, ¡claro es!, a cargo de los mismos. ¿Quién es el «gorrón» que después de paseado en coche no paga una merienda regular? Con un coche en estas condiciones y «sabiéndole trabajar», en poco más de un año puede amortizarse y ganar aún dos o tres panecillos y alguna botella de marca o un tarro de mermelada. No hablo de memoria, cifras cantan. Verán... pero no, ya es demasiado. Volvamos al coche, aunque te agradeceré lector, que no subas, por tí y por todos.

Hemos arrancado al fin con un salto en el que he perdido el sombrero. Y creí que la cabellera. Petardeamos por las calles hasta salir a una carretera. «Y entonces comprendí por qué se mata y entonces comprendí por qué se muere», que dijo el poeta, seguramente con menos motivos que el de pasear en un coche de éstos.

Empezó el suplicio de los baches, de los virajes, de los frenazos rápidos. Nos agitábamos chocando unos con otros o lo que era peor con la caja del coche. Curro, para demostrarnos quizás su pericia, pisaba el acelerador y cambiaba las velocidades. En pleno vértigo, ya. ¡Oh, el encanto de los árboles en procesión y las gallinas aplastadas! En el fondo tenía un amargo pesar; decididamente no era un hombre fuerte. Mis amigos reían y gozaban mientras yo me encogía hasta lo inverosímil y se llenaba mi imaginación de ideas lúgubres; la carretera fría, mi cuerpo en la arena, las cami-

llas, la sepultura, el viaje en la embarcación del acreditado Caronte, que según referencias tiene ya gasolinera.

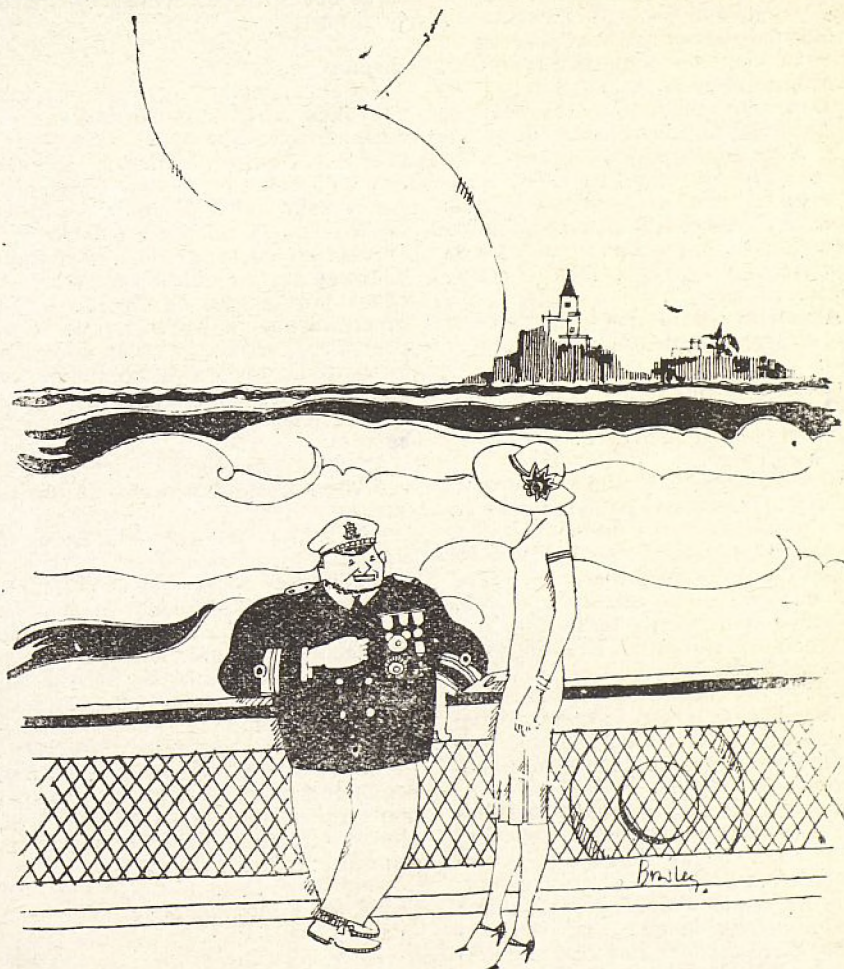
Eso sí, yo me encogía y ellos reían pero sudábamos y saltábamos y saltábamos todos. Tuve un recuerdo piadoso para el «cock-tail» agitado que tantas veces había consumido sonriente al ver al «bar-man» moverse como bailarina rusa. La mezcla, indudablemente, sufría aquel suplicio que yo ahora padecía.

Las figuras se iban desdibujando, todos formábamos ya un solo cuerpo; quise sacar un cigarrillo e introduje una de mis manos en el bolsillo de Tomasito, que no fuma.

No sé cuánto duró el viaje. ¡Oooh, el deporte, el placer de «hacer carretera»! Solo recuerdo que volvíamos al

«bar» de donde salimos, a las dos horas. Recobrada la personalidad e individualidad después de repartirnos lo que a cada uno llevaba de los demás, adherido, y descansando en el muelle diván, miré a las brillantes «cock-teletras» alineadas correctamente y, sin querer, vino a mi imaginación el recuerdo del coche. Quise desechar la idea, tan odiosa, de la comparación. Miré a la calle; las sombras empezaban a cubrir la ciudad, pero aún se recordaba en el fondo la silueta del coche «cock-telera». Miré al interior del «bar». Las luces encendidas, alegre, confortable. El mozo venía hacia nosotros. ¡Horror, Goyo había pedido un «cok-tail»!

ANGEL DE LAS BÁRCENAS.



Dib. BRADLEY.—Madrid.

—¿Estas medallas? Son otros tantos triunfos en mi carrera... Esta es la centésima vez que toco en este puerto.

—Entonces, capitán, lo que usted merece es una banda.

EL HOMBRE COMPRENSIVO Y AMPLIO

Llevaban ocho años de casados cuando Afrodísio comenzó a sospechar que su mujer le engañaba. Le trataba demasiado afectuosamente, se esforzaba en ser demasiado amable... En fin, podemos asegurar que cierto día Afrodísio ya no tuvo la menor duda respecto a la infidelidad de su esposa.

¿Con quién? Antes, no sabía. Ahora era con un señor alto y desgarrado, de cara triste y con todo el aire de ser una buenisima persona.

Afrodísio se indignó profundamente y estuvo al borde de tomar una determinación; pero pronto observó que el señor alto y desgarrado era también digno de lástima: Su amante le engañaba con otro. Este otro era un hombre de rostro jovial y satisfecho. Tenía los ojos azules y era gordo. Toda su persona irradiaba optimismo. Pero a éste, también le fué inútil Araceli.

Afrodísio comenzó a extrañarse de la capacidad pasional de su esposa; nunca lo hubiera sospechado.

El sustituto del hombre jovial y satisfecho fué un joven pequeñito y rubio. Afrodísio sintió un gran cariño hacia dicho joven. Vestía éste un gabán gris y cubría su cabeza con un sombrero negro. Hablaba atropelladamente, accionando con las manos, con la nariz, con los ojos... Todo él era un gesto.

Afrodísio sintió una gran lástima por el joven pequeñito y rubio, y se dijo:

Este muchacho será muy desgraciado con mi mujer. Es preciso que le advierta el peligro que corre.

Y así lo hizo.

Cierto día, aprovechando una ausencia de su esposa que se había ido a un pueblo próximo con unos parientes, Afrodísio llamó a su casa al joven pequeñito y rubio. Mas éste, no se sabe por qué causa, no asistió a la cita. Volvió a llamarle en otra ocasión y tampoco fué. Entonces, decidió ir él a casa del joven pequeñito.

Cuando se encontraron frente a frente, Afrodísio le tendió su mano, amistosa; luego le dió unos cariñosos golpecitos en la espalda. Hubo un embarazoso silencio.

El joven pequeñito y rubio se hallaba visiblemente alarmado. Encendió un pitillo, se desató un zapato, volvió a atárselo... Luego se sonrió, estúpidamente, contemplando un fintero que estaba encima de su mesa. Después se succionó un dedo que acto seguido introdujo en la nariz. Se le oía murmurar de vez en cuando: «¡Diablo, diablo!». Después se sonrió de nuevo contemplando un lápiz que previamente extrajo de uno de sus bolsillos. Cuando, acaso, iba a encaramarse en

el sofá, la voz de Afrodísio le hizo caer en una silla aterrado y tembloroso.

—Joven; no sé cómo empezar. Ante todo debo decirle que es usted un muchacho muy simpático; le aprecio, verdaderamente... Pero, antes de pasar adelante hágame el favor de contestarme a esta pregunta: ¿Qué encontró usted en mi mujer para enamorarse de ella?...

El joven pequeñito y rubio contemplaba con gran atención su zapato izquierdo. ¿Quién sabe si debido a esto fué por lo que no contestó! Afrodísio esperó pacientemente la respuesta. El joven se había encerrado en un contemplativo silencio.

Afrodísio habló:

—Yo, señor mío, puedo indignarme. Creo que reconocerá usted que puedo indignarme.

—Sí, señor; balbuceó el joven pequeñito y rubio.

—Perfectamente. Si yo me indignase —explicó Afrodísio—, mi indignación sería terrible. ¿Se hace usted cargo? ¡Terrible! Pero no me he de indignar; soy un hombre comprensivo y amplio. No necesita usted disculparse; lo sé. La juventud es alocada y bulliciosa, y la vida es corta y triste. Admitido. Claro es que yo podría preguntarle la causa por la cual ha elegido usted, precisamente a mi esposa y no a otra cualquiera, pero... ¡también comprendo esto! En el corazón no manda nadie. Sí, lo sé, joven, lo sé... Le gano en experiencia, edad... Yo, también he amado.

Afrodísio contempló detenidamente al joven pequeñito y rubio. Habló de nuevo.

—Usted es muy joven aún, ¡casi un chiquillo! ¿Qué edad tiene?...

—Veintitrés años; dijo el joven pequeñito y rubio dirigiéndose al sofá.

—¡Pobre muchacho! ¡Desgraciado muchacho! ¡Veintitrés años!... Es usted muy joven. Ella ha de hacerle sufrir mucho; se lo aseguro, pero..., permítidme: ¿Cómo os llama?... «¿Pichoncito mío» o «Mi dulce corazón»?... Perdonad si soy indiscreto..., es que, según como os llame, puedo saber el matiz que ella ha dado a vuestras relaciones. ¿Cómo os llama? ¡No os avergoncéis!... ¡Qué tímido sois!...

—Me llama...; confidenció el joven pequeñito atragantándose. Me llama «su pequeño amor».

—¡Caramba; no le conocía esa frase! ¿Díces que os llama «su pequeño amor»?...

—Sí.

Afrodísio quedó pensativo durante largo rato. Dijo al fin: Son muy volubles, muy volubles... Hoy están ena-

moradas de usted y mañana lo están de otro cualquiera..., y a lo mejor... Otra pregunta, joven, perdón, haga el favor: ¿Usted ama a mi mujer? ¿Está usted verdaderamente enamorado de ella?...

La laringe del joven pequeñito y rubio emitió ciertos sonidos inexplicables. Afrodísio asedió:

—Vamos, joven...; ¡que es por su bien! ¿Ama usted a mi esposa?...

—No me desagrada del todo; dijo tan suavemente el joven pequeñito y rubio, que casi no se le oyó.

—Vamos, no os desagrada del todo. Ese es el comienzo del amor. Ha de ser usted muy desgraciado, joven; verdaderamente desgraciado. Se lo pronostico. Ya leí la carta que le enviásteis el otro día. Estaba muy bien escrita, hay que reconocerlo, muy bien escrita. Vá, por ella, que sois un joven impresionable y sentimental. Me gustó vuestro estilo, ahora que—me permitís—tenía dicha carta una imagen demasiado atrevida, demasiado moderna... Decía usted: «...tu mirada, *nurse* de mis sonrisas...» Y ella, téngalo usted por seguro, no lo comprendió. ¡No comprende nada!

Por la noche me preguntó que qué era *nurse*... Es vulgar e idiota; créamelo. Tiene hasta sentido común. No se lo digo por hacerle daño, por decepcionarle...; lo digo por su bien: Puede usted enamorarse de ella y será usted muy desgraciado. Es definitivamente estúpida; se lo juro. Sabe recomendar calcetines, sabe poner dos o tres platos de dulce, recita algún que otro versito de Campoamor y... pare usted de contar. Ante todas aquellas cosas que no comprende, exclama: «¡Oh, es admirable!». A todas aquellas personas que le hablen de algo que no tenga que ver con calcetines, platos de dulce o Campoamor, les cataloga: «Es usted un romántico». ¿A que le ha llamado a usted romántico?...

—Sí, señor; me ha llamado romántico; dijo el joven pequeñito ligeramente acharado.

—¡Ve usted! Voy a permitirle daros un consejo: Reñid con ella. Yo la conozco bien, ¡vivimos ocho años juntos!... Reñid con ella, amigo mío. Os entretendrá, os amargará la vida, os aburrirá... A ningún otro amigo de mi mujer le he dicho lo que a usted le dije... Me ha sido usted simpático...

El joven pequeñito, animado por esta declaración, se atrevió a preguntar:

—¿Y su mujer de usted sabe...?

—¡Pero quién cree usted que soy yo! dijo Afrodísio sonriéndose con amargura. ¿Me cree usted un marido consentido, un tipo de esos, o ridículos o

asquerosos, de los que todos se ríen? No, amigo mío. Yo soy un hombre comprensivo y amplio nada más. ¿Qué consigo con disgustarme?... La mato a ella ¿y qué?... ¡Tendría que volverme a casar! No me gusta la vida de soltero. Además, bastantes disgustos tiene uno en la vida... No; si la culpa no es de ella, que es estúpida, ni de usted que es impresionable y sentimental, ni mía. La culpa es de todo esto, de todo esto que nos rodea y nos aplasta y que al mismo tiempo se nos va irremediablemente... La culpa es de esta vida idiota a la que nos agarramos como lapas. Nos aburrirnos, he aquí lo único: nos aburrirnos. Y uno, para no aburrirse, estudia, y otro baila y el de más allá conquista mujeres...

El joven pequeñito y rubio se hallaba sinceramente consternado. Afrodisio aconsejó de nuevo:

—Debe usted de refirir con ella. Le escribirá una carta. Puede decirle: «Antes de que el tedio nos haga separarnos para siempre con un mal sabor de boca, riñamos ahora en plena felicidad...» O bien: «Hay que terminar; la vida me empuja lejos de tí...» Bueno; sabrá usted mejor que yo... A ella le gusta una cosa así, como la que acabo de decirle... Y luego, joven, busque usted una mujer digna de su amor, que usted tiene derecho a ser feliz, debe de ser feliz... ¿Me promete usted que he de ser feliz?...

—Sí, señor; se lo prometo.

—Pues bien, escriba esta carta. Y ahora, adiós. Ya sabe donde vivo, si algo necesita... ¡Ah!, juzgo innecesario el advertirle que mi mujer no debe saber nada de esta entrevista.

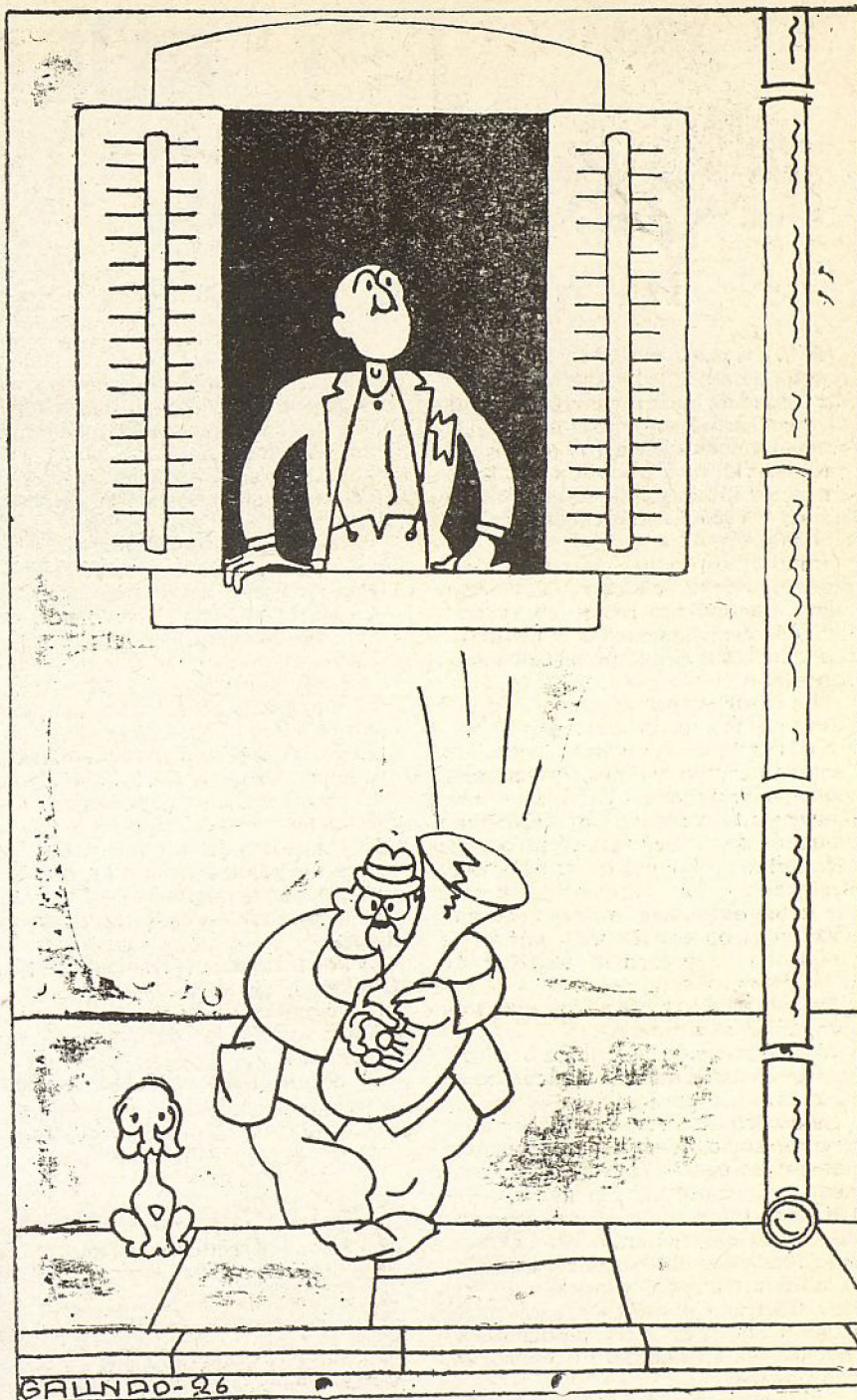
Y Afrodisio, el hombre comprensivo y amplio, se fué.

Nada más cerrarse la puerta, tras Afrodisio, el joven pequeñito y rubio lanzó un hondo suspiro de satisfacción; se abalanzó sobre la mesa y escribió:

«Queridísima Celn, pichoncito: hoy a las ocho te espero donde siempre. Tengo que contarte muchas cosas. ¡Lo que te vas a reír! Tu marido lo sabe todo, ya te explicaré. No dudes de mi cariño, vida. Cada día que pasa...»

Y el joven pequeñito y rubio seguía escribiendo todavía su carta cuando ya se había terminado definitivamente este cuento.

ANTONIO ISAAC



Dib. GALINDO.—Madrid.

— ¡Es notable! ¡Cómo ha refrescado de repente la temperatura!



Manzanilla "ROMULO Y REMO"

Una taza en ayunas evita los purgantes y las bilis. Tomada después de las comidas facilita la digestión.

ES MEJOR QUE EL TÉ, PORQUE NO DEBILITA, Y QUE EL CAFÉ, PORQUE NO EXCITA. PIDASE EN HOTELS, FONDAS, CAFÉS Y BARES -- De venta: en farmacias, droguerías y ultramarinos. Bote, 1,50 ptas. Bolsita, 0,10 ptas. DISTRIBUIDOR EXCLUSIVO EN MÉXICO, Evaristo Alfaro, 5.ª calle de San Juan de Letrán, 63.



DEL BUEN HUMOR AJENO



UN HOMBRE GROSERO Por ISMAEL TRUBB

Iban todos los viajeros apiñados por la falta de sitio, de tal suerte que cuando alguno de ellos pretendía sacar una mano del bolsillo o mover un brazo era preciso que avisara a los demás para que—apretándose unos contra otros de un modo inverosímil—se elaborase el pequeño espacio imprescindible para el movimiento.

Entretanto, el autobús se deslizaba crujiente por las calles de la ciudad, y como era invierno todas las ventanillas iban cerradas y respirar dentro del coche no resultaba empresa demasiado sencilla.

Los viajeros eran diversos y de clases sociales encontradas.

En el extremo delantero del autobús, sentados en una banqueta tripersonal, viajaban la señorita West, el obrero Raswey y el elegante Cribbs. Ninguno iba contento. La señorita West porque sentía el mal olor del obrero Raswey; el elegante Cribbs, porque ni una sola vez había sido mirado por la señorita West, y el obrero Raswey, porque le violentaba la presencia elegante de West y de Cribbs.

En estas condiciones, los viajes en autobús no son agradables.

Acaso convenga describir a nuestros personajes a la manera meticulosa de Dickens.

El obrero Raswey era un hombre torvo y sucio. Vestía de lamentable manera; se cubría el cráneo con una gorra mugrienta, bajo la que asomaban unos tufos presidiarios, iba afeitado, pero sin afeitar; llevaba el traje en jirones y las botas agujereadas. De su labio inferior, color morado obscuro, pendía una punta de cigarro maloliente y sucia, de la que su dueño extraía de vez en cuando un chorro de humo negro.

El elegante Cribbs vestía de modo irreprochable y calzaba con esquisitez propia de individuo del Cuerpo diplomático. Su cabellera negra, previamente aromada con esencias caras, se aplastaba en un peinado moderno. Llevaba las uñas esmaltadas; de su muñeca derecha pendía una pulserilla de oro y entre los dedos índice y corazón de la mano izquierda sostenía un cigarrillo turco, de boquilla de plata, que iba consumiéndose en una espiral de humo perfumado.

La señorita West, que por un lado recibía en el rostro el humo perfumado de Cribbs y por el otro el humo repugnante de Raswey, era una joven lindísima y distinguidísima. ¿Rubia? ¿Morena? La verdad es que no me acuerdo. Lo cierto es que iba considerablemente ahumada.

Lo ocurrido en el autobús, entre los personajes señalados, debe determinarse por medio del diálogo escénico.

La señorita West. (Recibiendo dos columnas de humo.)—¡Oh!

El obrero Raswey.—¡Peste de señoritos!

El elegante Cribbs.—Eso de peste, ¿lo dice usted por mí?

El obrero Raswey. (Acordándose de que tiene diez hijos.)—No.

El elegante Cribbs. (Satisfecho en su amor propio.)—¡Yal!

El conductor del autobús. (Dirigiéndose a un transeúnte que ha estado a punto de ser atropellado.)—¡Bestia!

El transeúnte.—Yes. (Y sigue su camino.)

La señorita West. (Tosiendo.)—¡Oh! ¡Qué humo! ¡Qué humo!

El elegante Cribbs. (Aparte.)—Si piensas que voy a dejar de fumar, pierdes el tiempo...

El obrero Raswey. (Al elegante Cribbs.)—¿Qué? ¿No pensamos reformarnos, eh?

El elegante Cribbs.—No tengo nada que reformarme.

El obrero Raswey.—¿Eso se llama educación? ¡Qué asco!

El elegante Cribbs. (Fraternal.)—Procure no emborracharse, ciudadano.

El obrero Raswey.—¡Qué salida! Usted es el que debe procurar no molestar a las señoras.

El elegante Cribbs.—¿Molesto yo acaso?

El obrero Raswey.—No se haga el tonto, joven. Todos los viajeros del coche están escandalizados de la conducta de usted.

El elegante Cribbs.—Me interesa saber por qué.

El obrero Raswey, (echando su humo negro sobre el rostro de la señorita West.)—¿Y usted no se da cuenta? ¿No ve que a su lado viaja una señorita? ¿Por qué, entonces, la echa el humo? ¡Es tупé! ¡Y puede ser que aun presume de tener principios!

El elegante Cribbs.—¡Ah! Lo que usted encuentra mal es que yo fume un cigarrillo perfumado al lado de una señorita.

El obrero Raswey.—¡Claro!

El elegante Cribbs.—¿Y usted? ¿Usted no está también fumando un cigarrillo repulsivo? ¿Usted no echa el humo, un humo cuyo olor levanta el estómago, a esta señorita?

El obrero Raswey.—Yo no niego que haga eso.

El elegante Cribbs.—¿Y me reprocha a mí que fume un egipcio?

El obrero Raswey.—Sí; lo reprocho. Avergüéncese y tire ese cigarro.

El elegante Cribbs.—Nadie ha tenido nunca que darme lecciones. (Tira el cigarro al suelo, lo pisa y lo apaga.) Ya está.

El obrero Raswey.—Muy bien. Eso es propio de personas finas.

El elegante Cribbs.—Ahora espero que usted me imite y tire su cigarro.

El obrero Raswey.—Yo no lo tiro.

El elegante Cribbs.—¿No?

El obrero Raswey. (Fumando con delicia su tagarnina.)—No. Usted debía tirarlo, porque es una persona educada... Pero ¿yo? ¡Yo no! ¡Yo soy un grosero! (Siguiendo fumando y echando el humo a la señorita West.)

P. P. y W.

EL VELLO
DESAPARECE RADICALMENTE
SIN DEPILATORIO
sólo en tres minutos
con una aplicación de
DORADINA
combinación científica de Sales de Radio
disueltas en Glicerina que destruye la
raíz del pelo sin molestia y sin irritar.
La DORADINA es superior a todos
los depilatorios conocidos (pastas, polvos,
aguas).—Infinitamente más cómoda
y económica que la depilación eléctrica.
—No mancha ni desprende mal olor y se
aplica con facilidad y discreta mente.
Con su empleo el vello desaparece para
siempre quedando la piel blanca y fina.
La DORADINA se vende en todas las
Perfumerías y Droguerías al Precio de
Ptas. 12'50 el frasco.—Se manda dis-
cretamente certificada contra reembolso por
Pesetas 14'— pidiéndola a FRANCE
EUROPE, Vía Layetana, 21.—Barcelona.

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino el pseudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes».

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

En una ventanilla de Telégrafos.
Empleado.—Tache esta cantidad que ha puesto en cifra y póngala en letra.
Expedidor.—¿Está así bien?
Empleado.—Sí. Ahora ponga debajo «tachado, no vale».
Expedidor.—¿En letra o en cifra?

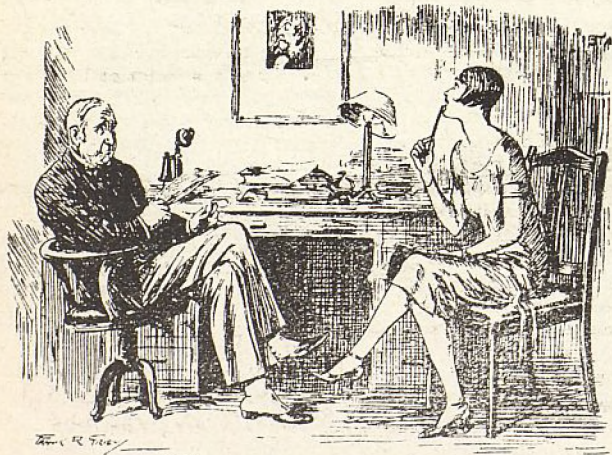
Chiquitín.—Valladolid.

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO



EL EMPLEADO.—Escriba usted a la «Revista Mercantil».
LA NUEVA MECANÓGRAFA.—¿En qué teatro se representa?

(De The Passing Show, Londres)

Dos distinguidos discípulos de Baco viajan sin billetes.

L'ega el revisor y dice a uno:

—¿Tiene usted la bondad del billete?

—No llevo. Soy oficial de la Armada.

—¿Y usted?—pregunta al otro.

—Yo, tampoco; soy oficial de la que se va a armar.

Antonio Romero.—Sevilla.

En un tranvía eléctrico.

Canuta increpaba en alta voz a su marido Remolares.

El conductor.—Caballero, diga a su señora que sea más comedida. ¿Por qué hace esto?

Remolares.—Por no seguirle la corriente.

El tranvía paró súbitamente y oscureció.

Remolares.—¿Por qué ha parado el tranvía?

El conductor.—Por no seguirle la corriente.

Antonio Balaguer.—Barcelona.

—¿En qué se parecen 100 robos por el procedimiento del sobre, a los divisores de la peseta?

—En que lo primero son centimos, y lo segundo céntimos.

Nynche.

AMADOR

FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

Entre amigos:

—Oye, ¿me das dos pesetas, que voy a engañar a unos?

—Pues, a mí no será, porque no te las doy.

V. Castro.—Puente Vallecas.

En una reunión familiar se discutía si una de las chicas, llamada Catalina, estaba enamorada o no de Julián Ros, buen muchacho que

la quería a carta cabal. La chica que era más sorda que una valla, no siempre ha de ser una tapia, no se enteraba de nada de lo que se discutía y como viese algún acaloramiento en la forma de expresarse que sus familiares tenían, preguntó Intrigada:

—¿Que, qué pasa?

Y levantándose uno de sus hermanos contestó con la voz más fuerte que pudo.

—¿Que si quieres a Ros, Catalina?

Antonio.

—¡Caramba! Don Pedrito, como ha disminuido de estatura, ¿cómo ha sido eso?

—Es que me acabo de lavar los pies.

Perico de los Palotes.

—¿En qué se parece un gusano de seda a un paseo a pie en el mes de julio?

—En que el gusano da seda y el paseo sed da.

Julio Cedazo.

EMBROCACIÓN HÉRCULES

que es un

LINIMENTO

Blanco suave. Blanquea la piel.

Cura golpes, contusiones, forceduras, etc. etc.

y es preferido por todos los deportistas

Venta E. Durán.—Galloso. Borrell, en Madrid.

Juan Martín, Madrid-Barcelona

Bilbao-Murcia Valencia. Centro Farmacéutico

Sevilla. José Martín Galán.

Autor: G. Fernández de Maza. La Bañeza. (León).

En un examen de Historia de España:

El catedrático.—Vamos a ver: díganos usted todo lo que sepa del gran Rey Felipe II.

El discípulo.—Felpe... Felpe... Felipe II, fué... fué... fué un gran Rey. Era hijo de Car... de Car... de Carlos V. Se casó... se casó... se casó tres veces, y luego... luego... luego se murió.

El catedrático.—¡Hombre! ¿Pron- to le ha matado usted?

El discípulo.—Si viera usted que hace un buen rato no sé qué hacer con él.

M. R. M.



ARCAS INVISIBLES

Empotrada el arca en la pared, ésta queda lisa y sin salientes. La caja se puede tapar con el papel o la pintura del decorado y colocar encima un cuadro. Así quedará del todo oculta. Tengo estas cajas en muchos tamaños. Precios módicos. Pedir catálogo á

MATTHS. GRUBER
Apartado 185, Bilbao

Chiste verídico:

En un pueblo de la provincia de Alicante se estaba confeccionando el empadronamiento municipal.

Con este motivo, comisionaron a un empleado del Ayuntamiento—famoso por sus tecnicismos—para que fuese de casa en casa, adquiriendo los datos precisos para el fin encomendado. A este efecto, entró en un domicilio humilde y encarándose con el cabeza de familia, le preguntó enfáticamente: «¿Tiene usted mucha prole...?». El pobre hombre se quedó atónito, con la boca abierta, sin entender lo que se le había dicho. Comprendiéndolo así el pedante empleado, vulgarizó la expresión y le dijo: «Quiero decirle, ¿si tiene usted muchos hijos?». Y el infeliz, picado en su amor propio, para dar también la sensación de que ya se había com- pen- trado de todo, contestó candorosa y espontáneamente: «¡Ah, sí...! Tres proles y dos prolas...»

José María Salinas.

Alceto estaba comprando muebles por valor de 10.000 pesetas

—Voy a darle 5.000 pesetas al contado y le quedaré debiendo lo restante —dijo.

El que le vendía los muebles se declaró satisfecho.

Tres meses después el vendedor fué a ver a Alceto y a pedirle que le pagara el saldo.

—Perdone usted—dijo Alceto—pero yo le dije «le quedaría debiendo lo restante.» Si le pago no se lo quedaré de blendo y ya hay que respetar el contrato.

Benjamín López.

Un señor desde un décimo piso llamó a un vendedor de periódicos que iba pregando:

—¡B! A B C! ¡Informaciones! ¡La Voz y El Sol

Y dicho señor le dice: ¡Chico sube La Voz!

A lo que el muchacho respondió: —No quiero, pregonero como me da la gana.

Alpuche.—Jaén.

—¿Está su marido de usted?

—No, señor; ¿qué se le ofrece?

—Dígale que no trasnoche, que pague puntualmente sus compromisos, que eduque bien a sus hijos, que sea hombre de buena moral y sobrio en las comidas.

—¡Váyase de aquí so imprudentel—le dice la tintera, irritada—. ¿Qué le importa a usted todo eso?

—Señora—replicó el interpelado—: no hago más que cumplir lo que dice usted en ese letrero de su tienda: «se reciben avisos.»

Juan Núñez.

El niño de Luis Fortu- ni no se purgaba con nada. Le dieron jarabe «Pruni» y pidió otra cucharada!

—¿En qué se parece el pelo al confetti?

—En que se corta a máquina.

Pedro Soria.—Madrid.

Anuncio.

Viudo joven, en buena posición, con siete hijos, desea casarse con señorita soltera en iguales condiciones.

Paquete.—Logroño.

En el café.

Un caballero que se va a sentar.

El camarero.—¿Qué va usted a tomar?

El caballero.—Asiento.

Risca.

El Bta.—¿Estás seguro de que el pobre ese que había a la puerta está muerto?

El —Creo que sí, es gallego, y cuando le registraron en los bolsillos no se movió.

C. Mingote.

—¡Ocho días sondándome la herida! ¡No sabe usted doctor lo que me hace sufrir!—dice el soldado herido, en el hospital de sangre.

—Es necesario ver si encontramos la bala.

—¿Pero por qué no me lo dijo el primer día? ¡La bala la tengo en el bolsillo!

Carlos de León.

—¿Cuál es el colmo de un zapatero piadoso?

—Hacer de votas oraciones.

Luis Filgueira.—Madrid.

Quien el Licor del Polo siempre consume, al respirar exhala rico perfume.

Un «pollo pera» de lo más chíc de Madrid le dió por emplear el diminutivo «ito» en todo cuanto hablaba.

En cierta ocasión en que al pasar por la puerta de un café, un amigo le detiene y le dice:

—Oye, ¿quieres un refresco de «merengada»? Es lo mejor que hay para refrescar.

A lo que el «pollo» que tenía mucha prisa contesta:

—No, porque yo me «marchito».

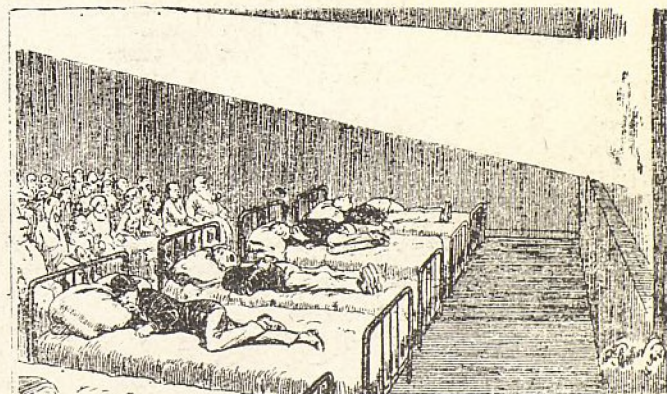
A. Quintana.—Melilla.

Agente de publicidad en
Cataluña para

“BUEN HUMOR”

Don Félix Verdún Daly

Rosellón, 402. Barcelona.



PARA LOS PROPIETARIOS DE CINES

—¿Por qué no emplear estos medicos para hacer más confortable a los que se duermen viendo las películas?

(De The Humorist, Londres).

Una señora horriblemente fea va a confesarse y dice al sacerdote:

—Señor cura, he pecado gravemente.

—Diga, hija, diga.

—No pude resistir la tentación, me miré al espejo y me encontré hermosa.

—Ande con Dios, hija —le respondió el cura—que el equivocarse no es pecado.

Zaporito.—San Fernando.

—No me explico por qué *El Debate* no puede ver *El Sol*.

—¡Porque es oscurantista!

—¡Je, je! Pero no me negarás que no hay periódico más mojigato que *El Sol*.

—¿Cómo?

—Sí, hombre. ¿No has visto en sus páginas repetido muchas veces un letrero que reza «Prohibida la reproducción»?

Risueño.

—¿En qué negocio debe invertirse un capital para obtener las ganancias seguras?

—En el de los tubos de la risa.

—Porque es un negocio redondo, Juan Carbonell.

CUPÓN

correspondiente al núm. 229 de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN

Provisiones, 12.

MADRID

PARIS y BERLIN
Gran premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas.

Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla negro, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

Angelical Cutis LIQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis blancura fija y finura envidiables, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (rojeces, manchas, rostros grasientos, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea la calvicie.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para rejuvenecer su cutis. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, barros, asperezas, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. Rejuvenece, embellece y conserva el rostro, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis gran finura, hermosura y juventud.

La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin tenerlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal.—**DEPOSITARIOS:** en Buenos Aires, D. Luis Badía, calle Bernardo Irigoyen, 263. En Habana, D. Enrique Tayá, calle Dragones, 92. Teléfono A-3186. En Panamá, D. Pedro Pujolás, farmacia Española. En Méjico, D. Jesús Rodríguez, Academia, 35.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)

LOS
FAMOSOS

POLVOS
INSECTICIDAS

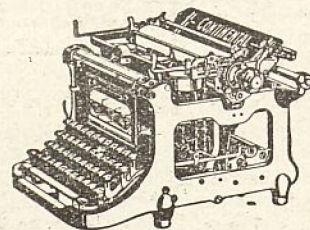
DE

LEYER Y COMPAÑÍA

SON

INFALIBLES
PARA LA DESTRUCCIÓN
DE TODA CLASE
DE INSECTOS

La máquina de escribir CONTINENTAL
es la predilecta



Pídanla a prueba a los concesionarios de
España, Portugal y Marruecos.

ORBIS, (S. A.)

MADRID.-Hortaleza, 17. Tel. 44-58 M.
BARCELONA, Claris, 5.
VALENCIA.-Mar, 8.
BILBAO.-Ledezma, 18.
PALMA DE MALLORCA.-Quint. 7.
SEVILLA.-Rivero, 7.
TOLEDO.-Comercio, 14.

Procedentes de cambios por la sin par
máquina de escribir CONTINENTAL, se
venden máquinas de ocasión de todos
los sistemas, en buenas condiciones.

ALQUILER DE MÁQUINAS :: ACCESORIOS PARA TODOS LOS SISTEMAS



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

BUEN HUMOR



Dib. MIHURA.—Madrid.

POR TURNO

ELLA.—Estoy disgustada Abelardo, llevas un rato sin hablar y no me dices que me
amas.....

EL.—¡Caramba! ¿Pero me toca a mí otra vez?